

CÓMO ATRAPAR EL CORAZÓN DE LA ESQUIVA SEÑORITA *Harper*

JULIANA CARTLAND

Selecta

Cómo atrapar el corazón de la esquiva señorita Harper

Juliana Cartland

Selecta

Capítulo 1

Un escándalo necesario

Inglaterra, 1802

Brianna batía su abanico con una rapidez que delataba su impaciencia, mientras miraba con un fastidio poco disimulado a los danzantes que llenaban el gran salón de las Gardenias. No se encontraba en el afamado baile de verano de la señora Odette Pemberley por gusto, sino por la gravosa obligación de un nuevo ultimátum de su padre.

Cada baile era un nuevo dictamen sobre su escandaloso comportamiento, y asistir solo alimentaba su reputación de *casadera indeseable*, un mote que le resultaba indiferente. Sabía que su verdadero atractivo no residía en sus delicadas facciones y menos en su docilidad, sino en su dote de treinta mil libras, una cifra que la convertía en un botín codiciable para cualquier cazafortunas con título o abolengo.

Sin embargo, Brianna aborrecía la idea de ser tratada como una simple moneda de cambio. A punto de cumplir los veinticinco años, lejos de amedrentarse por las quejas de su padre —quien la acusaba de ser el origen de todas sus canas—, junto a las advertencias de su

madre sobre convertirse en una deshonra para la familia si no le conseguían pronto un marido, ella, por su parte, solo lo celebraba.

Deseaba casarse, sí, pero con alguien que la deseara a ella antes que a su fortuna, una utopía que la hacía reír para sus adentros, pues hasta ese momento no había conocido a un solo caballero que no fuera una decepción vestida por el mejor sastre de todo Burford.

También anhelaba la independencia, aunque como mujer estaba condenada a una cadena de dependencias que empezaba por la de su progenitor. Suspiró profundo, cerró el abanico con un golpe seco y se dirigió a la mesa de bebidas.

Fiel a su costumbre de no esperar a que nadie la atendiera, tomó una copa y la bebió de un solo tirón bajo la mirada atónita de los presentes. Los murmullos que sobrepasaban la sobriedad de la música que llenaba el salón no se hicieron esperar, alimentando con gusto su fama de maleducada y bebedora.

—Qué bien bebe usted, mi adorable señorita Harper. Espero que el ponche sea de su agrado —dijo la señora Pemberley a sus espaldas.

Brianna se volvió, sosteniéndole la mirada con una lánguida sonrisita.

—Apenas es la primera copa, y hace un calor sofocante —repuso con ligereza, volviendo a abanicar su escote.

La anfitriona detuvo la mano de Brianna justo cuando iba a tomar la segunda, mirándola con un desdén que no lograba ocultar tras su aparente cortesía.

—Está aquí porque su padre me lo ha suplicado como un inmenso favor. No debería arruinar tan pronto sus escasas oportunidades —siseó forzando una irónica sonrisa.

—Lo sé, pero ya le he dicho que no encontraré lo que busco entre estas paredes.

—¡Oh, vaya! Le aseguro que no lo encontrará en ningún lado si persiste en esa actitud incorregible.

—¿Mi padre también le pagó para que me sermonee? —soltó Brianna, arqueando una ceja.

—¡Por Dios, no! —exclamó la mujer, llevándose una mano al pecho cubierto de tela de fino brocado.

—En ese caso, qué alivio —concluyó Brianna con una mueca burlona. Aprovechando el espanto de la mujer, tomó la copa y la vació en su boca en el acto.

La señora Pemberley arrugó el ceño, con un movimiento que evidenciaba que estaba perdiendo la paciencia.

—El barón Harper es un hombre desafortunado. Usted es su mayor vergüenza.

—Si lo soy, ¿por qué pierde su preciado tiempo conmigo?

—Porque está en mi casa y en mi fiesta y no permitiré que su falta de decoro la arruine —replicó, conteniendo el enojo que la embargaba.

—Creí que se preocupaba por mi reputación —resaltó Brianna con un sarcasmo que cortaba el denso ambiente a su alrededor.

—¡Será la última vez que lo haga! —estalló la anfitriona, apretando los dientes.

La joven sintió una chispa de satisfacción al ver que la mujer perdía los modales, sellando así su destino de no volver a invitarla jamás. Eso era un problema menor comparado con la libertad de no tener que fingir interés por caballeros mediocres.

—No sabe cuánto agradezco no tener que obligarme a asistir a estos «encantadores» bailes, señora Pemberley —adujo exultante, provocando que la mujer ensombreciera la mirada.

—Honor que nos hace —replicó la mujer con voz lacónica—. ¿Pero cómo piensa conseguir un marido? Después de hoy, nadie se

atreverá a acercársele ni con un bastón.

—Bueno, ese será mi problema. Prefiero guardar las distancias como dicta el buen decoro.

Pensaba que esta vez sí la sacaría de sus cabales como lo hizo en el baile del mes pasado en casa de la señora Garber. Pero la honorable anfitriona recobró su compostura más rápido de lo que imaginaba, sonriéndole con gelidez.

—Yo creo que el de su pobre padre —agregó la mujer con malicia y mucha satisfacción.

Brianna sopesó el salón con su mirada coincidiendo en que era cierto: los caballeros la evitaban como si tuviera lepra. Eso le hizo recordar las propuestas vacías que recibía desde su debut a los diecisiete años, cuando era considerada una «joya codiciable», y reafirmó su decisión de no terminar como las *otras* mujeres de su familia.

Tenía demasiados ejemplos que no le gustaban, y todavía quería comprobar si sucedía lo *contrario* y encontraba un caballero que se rindiera por completo a sus pies.

—En ese caso, yo misma tomaré la responsabilidad.

—¿Por la muerte de su padre? —arguyó la mujer con astucia.

—No, para encontrar mi propio marido —alardeó con evidente descaro.

—Dudo que lo logre. Ya no queda ningún caballero en la campiña que desee su mano.

—Quizá es porque no se encuentra en estos lares.

—¿Y cree que alguien vendrá de fuera para pedir expresamente su mano? —preguntó la anfitriona con altanería.

—Tal vez —ironizó Brianna solo para seguir irritándola.

Ni siquiera estaba convencida de que fuese posible; pese a ello, tampoco le preocupaba.

—Ya lo veremos —sentenció la señora Pemberley con una risita adusta y maliciosa antes de alejarse con rapidez.

Brianna dejó la copa vacía sobre la mesa y, con la cabeza alta, atravesó la pista de baile abriéndose paso entre las parejas. Era el momento de largarse y dejar que los rumores hicieran el resto del trabajo.

Capítulo 2

Una sentencia anunciada

Brianna se despertó muy temprano por el insoportable dolor de cabeza que le quedaba cada vez que bebía. No era asidua al alcohol y solo lo hacía para escandalizar, también sabía perfectamente lo que le aguardaba tras una noche de mal comportamiento.

Lo que ella traducía como gajes del oficio, la sociedad lo calificaba de escándalo imperdonable. Con los años, se había acostumbrado tanto a las reprimendas que ya las recibía con una calma imperturbable.

Era consciente del enojo que provocaba en sus padres, pero también que no podrían hacerlo por siempre y llegaría el momento en el que alguno de los dos bandos cedería. Esquivar pretendientes codiciosos no era un simple capricho, sino una manera de encontrar una anomalía a su favor, en el molde social.

—Me han pedido que le informe que su padre la espera en la biblioteca —anunció su doncella personal, mientras cepillaba con esmero su larga y ondulada cabellera castaña.

—Lo sé, Alice. La he vuelto a liar —declaró Brianna sin una pizca de remordimiento, regalándole una sonrisa triunfal a su propio

reflejo en el espejo.

—No debería comportarse de ese modo, señorita. Sus padres sufren por ello.

—Lo sé, pero lo seguiré haciendo hasta que entiendan que no es así como quiero casarme.

—Si continúa por ese camino, no quedará ningún caballero disponible para usted en toda la región —adujo la mujer.

Brianna se volvió para mirarla con los ojos entornados. Alice se retrajo con expresión nerviosa hasta que vio la chispa de burla en la expresión de su señora.

—Tranquila, eso mismo me advirtió la señora Pemberley anoche. Supongo que su reporte llegó antes que el pan caliente —se mofó—. ¿A qué hora apareció el mensajero?

—A las seis de la mañana, señorita.

Brianna puso los ojos en blanco, imaginando la indignación de sus progenitores.

—Padre y madre deben estar furiosos —comentó pensativa.

—En esta ocasión... parecían más calmados —murmuró la doncella con voz pausada.

Aquella revelación detuvo a Brianna. Por un momento le causó extrañeza, pero enseguida agitó la cabeza, convencida de que quizá, finalmente, estaban entrando en razón. Se puso en pie sacudiendo el faldón de su vestido con determinación.

—Veamos qué resolución toma mi padre hoy.

Salió de la habitación rumbo a la biblioteca. Aquel espacio, con sus altas estanterías abarrotadas de tratados de política, economía y clásicos latinos encuadernados en cuero, solía ser su refugio favorito, salvo cuando lo convertían en un tribunal del orden y la disciplina.

Exhaló con fuerza, preparándose para el aluvión de reproches, pero al cruzar las dobles puertas de madera se topó con un silencio

tan absoluto que le hizo arrugar el ceño. Aquella silenciosa quietud no era habitual.

Se fijo con extrañeza en su padre, que aguardaba impertérrito tras su pesado e imponente escritorio de caoba, mientras su madre, Elena, recibía con soberana paciencia los primeros rayos de sol junto al ventanal que daba al invernadero, donde cultivaba con mucho mimo sus rosas y peonías.

Observó con esmero el sobre recién abierto.

—Supongo que ya llegaron las buenas noticias —soltó Brianna, rompiendo el inquietante mutismo que amenazaba con trastornarla.

—Quédate donde estás —ordenó su progenitor, deteniéndola en seco cuando ella se disponía a ocupar el sillón frente a su madre. Brianna resopló y se cruzó de brazos.

—La vergüenza que le has hecho pasar a la señora Pemberley es simplemente imperdonable —sentenció Elena, sin alterar un ápice su rígida postura.

—Qué extraño, yo siempre trato de comportarme a la altura de las circunstancias —ironizó.

—Estás excluida de su baile el próximo año y solo faltan que lo hagan de los que restan del año. Eso debería avergonzarte —continuó su madre.

—Saben que eso era exactamente lo que buscaba. No entiendo por qué me lo recriminan —expuso ella, provocando un gruñido unísono de sus padres.

—La señora Pemberley quería darte una oportunidad y la has tirado por el fango —intervino el barón.

—¿Y supongo que ya tienen una lista de sacrificados dispuestos a hacerse cargo de su insoportable hija? —preguntó con sorna.

—¡Brianna! —le espetó su madre.

—Ya lo saben, no me casaré con ningún caballero de este valle.

—Me temo, hija mía, que ya no existe tal cosa como eso. No queda nadie en todo Oxfordshire que desee perder su dignidad, ni siquiera por las treinta mil libras esterlinas que estoy dispuesto a entregar a cambio de apaciguar tu carácter.

—En ese caso, podría dármelas a mí. Las administraré con diligencia y me convertiré en una soltera millonaria —emitió con una sonrisita que hizo que su padre enarcara las cejas.

—¡Ni lo sueñes! —la riñó su madre con aspavientos—. No es propio de las mujeres de nuestra familia convertirse en derrochadoras.

Aquella última frase encendió la chispa del enojo en Brianna. Lo sabía y lo odiaba; era el recordatorio constante del molde de «esposa perfecta» que querían imponerle.

—Bien, ¿y cuál es mi nuevo castigo? —replicó desafiante.

Ambos padres compartieron una mirada cargada de un significado que Brianna no logró descifrar. Luego clavaron sus ojos en ella con una inquietante serenidad.

—Ya viene en camino. Lo sabrás en su momento —sentenció el barón con una sonrisa apretada.

Brianna lo miró con recelo, intuyendo para sí que su benevolente progenitor se traía algo entre manos y que ella *desconocía* por completo.

Capítulo 3

Una aparente rivalidad

Durante las dos semanas siguientes, el silencio de su padre se convirtió en un ruido ensordecedor en la mente de Brianna, quien no dejó de pensar en sus palabras. Por más que había indagado entre los sirvientes no había logrado descubrir qué se traía entre manos, por lo que el misterio permanecía blindado.

Al principio, se divirtió imaginando castigos estrambóticos, haciéndose ideas divertidas sobre lo que le tenía planeado como escarmiento, pero la incertidumbre empezaba a resultarle desgastante y aburrida.

—Querida, ¿podrías apurarte? —La voz de su madre la arrancó de sus cavilaciones, arrastrándola de vuelta a la calurosa mañana de sábado.

Brianna lanzó una exhalación casi como un refunfuño. Se había quedado rezagada a propósito, deteniéndose frente a cada escaparate desde que bajaran del coche, luego de obligarla a hacerle compañía en la compra de nuevos suministros para la insufrible clase de bordado.

Sin más remedio, acortó la distancia con pasos lánguidos.

—Debiste recordar que la señora Davies es mejor compañía que yo —masculló, refiriéndose a la doncella de su madre.

—Debe ser porque tú estabas disponible y ella tenía varios encargos en la casa.

—Aun así, ¿no te parece un gasto demasiado superfluo? —cuestionó—, y lo más probable es que nadie asista, además de que la colección de pañuelos bordados de padre ya es insuperable.

A falta de caballeros a quien regalárselos por las razones obvias, era su padre quien se terminaba quedando con todos ellos. Elena Harper ni siquiera se dignó a concederle una mirada completa, y decidida a no prestarle atención, sus ojos ya estaban fijos en el anuncio de su tienda favorita, así como la de todas las señoras notables de Burford.

—El aprendizaje de una dama es un lujo muy necesario. Y no es solo seguir un patrón con hilo y aguja; es decoro —arguyó con beneplácito.

—Sé perfectamente lo que es necesario y lo que es puro ornamento —replicó ella, encogiéndose de hombros con arrogancia.

—Si lo supieras de verdad, ya me habrías dado nietos en lugar de jaquecas —masculló su madre.

—¡Cielos, mamá! —Brianna soltó una carcajada genuina ganándose una mirada reprobatoria.

Su risa era una nota discordante que atraía las miradas como un imán, aumentando así el bochorno de su madre. Esta la azuzó con la mirada apurando el paso hasta la puerta de la mercería, teniendo que seguirla sin más remedio.

Al cruzar el umbral, la ruidosa campañilla de la puerta anunció su llegada acallando de tajo el bullicioso jaleo de las compradoras, siendo sustituido por un perspicaz escrutinio ante el que su fervorosa madre no se amilanó; al contrario, irguió más la columna y

alzó la barbilla con su innata soberbia aristocrática, algo que ella admiraba porque, pese a todo lo que ella causaba, Elena Harper era alguien que no se dejaba intimidar. El título de su padre no era un nombre cualquiera, era una ley. De allí que las palabras de la señora Pemberley tuvieran cierto peso al admitir que tomaba en cuenta sus «súplicas» para dejarla asistir a su baile.

—Bienvenida, lady Harper —cacareó la dependienta, la señora Weaver, con una sonrisa falsa y tan tensa que parecía a punto de dislocarle la mandíbula.

Brianna puso los ojos en blanco. Meditó con sorna que el poder y la riqueza eran el aceite que hacía chirriar los engranajes de la hipocresía. Estos abrían todas las puertas, así como la carencia de ambos también las cerraban. El tenso ambiente se quebró con más sonrisas y saludos forzados.

Tras mencionar la razón de su visita, la misma señora Weaver la guio hacia el mostrador, contándole que tenía una nueva gama de colores de hilos de perlé que le iban a encantar.

—¿No vienes? —le preguntó su madre, interrumpiendo la exacerbada perorata de la dueña.

—Miraré las telas —respondió sucinta.

—Recuerda guardar el decoro y no hagas ningún desastre —le murmuró como si todavía tuviera diez años, haciéndola resoplar, yéndose después con la mujer.

Con todas las miradas apuntando hacia ella de forma furtiva, Brianna se refugió en el estante de las telas, aunque sin intenciones de elegir ninguna, mientras su madre se sumergía en una prioritaria charla sobre hilos de perlé y matices de carmín.

Sus dedos rozaron rollos de lino y popelina con total desdén. Más que ponerse a bordar deseaba estar en la biblioteca inmersa en su última e interesante lectura: *La riqueza de las naciones*, libro que

leía a escondidas.

A diferencia de lo que pensaba su madre, instruirse sobre capitalismo y manejo de la economía sí le resultaba un aprendizaje mucho más fascinante que las novelas románticas que a veces le obligaba a leer, con su intención de «contagiarla de romanticismo».

Su distracción se vio interrumpida cuando escuchó voces efusivas provenientes del vestíbulo. A fuerza se asomó para ver que la causante del grandioso jolgorio era Colette Bronwick, la hija del alcalde, en compañía de su orgullosa madre, quien se vanagloriaba de que fuera todo lo contrario a ella.

Colette era el espejo donde Burford quería que Brianna se mirara: dócil, decorosa y ansiosa por ser desposada. Brianna observó la escena con una mueca amarga. No estaba oculto que los rumores la ponían en una excelente posición por encima de la suya, que cada vez decaía de forma más estruendosa.

Esto a ella no le importaba, y su molestia venía más de la constante comparación por quién obtendría al mejor marido de la temporada. Con su sonrisa ensayada y sus modales de porcelana, Colette parecía ganarle una partida en la que ella se negaba a participar.

Capítulo 4

Una latente sorpresa

En Burford, el éxito no se medía en simples peniques, sino monedas de alto valor y encajes finos, al igual que en las grandes metrópolis. Mientras ella ahuyentaba pretendientes como quien espantaba moscas, Colette los coleccionaba en masas, para orgullo y beneplácito de sus padres.

Brianna observó con aburrimiento cómo las damas de la tienda revoloteaban alrededor de la joven, cuyas mejillas encendidas por el reluciente anillo en su mano eran el trofeo de guerra de su madre, Ethel.

Justo en ese momento volvió lady Elena de su inspección sobre hilos y agujas, atraída quizá por el bullicio.

—Parece que la señora Bronwick tendrá una celebración digna de recordar este año —comentó. Su voz, como seda líquida, pero sus ojos tenían el brillo del acero que hacía contener las respiraciones.

—Así es, milady. Mi querida Colette se ha comprometido —respondió Ethel, exultante, sus palabras acariciando el aire con una suficiencia casi agresiva—. Es una verdadera lástima; pensamos que

la señorita Harper sería la siguiente; y como en años anteriores, la suerte..., bueno, no parece ser una invitada habitual en su casa.

Brianna sintió una oleada de calor subirle por el cuello, al notar como su madre hacía un gran esfuerzo por mantener su compostura ante la innecesaria expresión. Esperó que guardara silencio, que no respondiera a su provocación. Ethel Bronwick tenía fama de mujer competitiva desde que su marido asumiera como alcalde.

Por su parte, le resbalaban sus comentarios maliciosos, y al parecer tenía otros planes.

—No se apene, querida. Ni ninguna de ustedes —dijo Elena con una sonrisa enigmática que hizo que Brianna frunciera el ceño—. La suerte de mi hija está mucho más cerca de lo que todas imaginan.

El silencio que siguió fue absoluto, roto apenas por la risa incrédula de Ethel Bronwick y su sonido seco que resonó entre los rollos de tela y las madejas de hilo de perlé. Brianna apretó los dientes, sintiendo que el suelo se le volvía inestable.

—En efecto, no hay nadie en todo Burford que no desee la enhorabuena para su adorable hija, aunque en esta ocasión será para la nuestra —se ufanó Ethel.

—En eso estoy de acuerdo —repuso Elena.

Brianna deseó que ambas se callaran.

—¿Encontraste lo que buscabas, madre? —le preguntó, urdiéndose un escape.

—Sí, querida —respondió la señora Harper.

—¿Entonces, podemos irnos? —continúo, casi apretando los dientes.

Su madre asintió, y enseguida Brianna arrastró a su progenitora hacia la salida antes de que todo terminara en una guerra de egos. Aun con las puertas cerradas, ninguna dejó de escuchar la algarabía de dentro.

La mercería de la señora Weaver era uno de los sitios que congregaba a la mayoría de las damas, tanto para comprar implementos y materiales para tejidos así como un centro de concentración de chismes.

—No tenías que decir eso. Sabes que solo quería provocarte —masculló Brianna alejándose hacia el carruaje.

—Lo sé —respondió Elena, con una secreta diversión bailándole en los labios.

—¿Me das la razón?

—De ningún modo —bufó.

—Bien, porque si alguien cambiará su suerte seré yo misma —sentenció Brianna, aferrada a su autonomía.

—Me temo, hija mía, que en eso tienes más razón de la que crees.

Montaron en el carruaje en un regreso a casa silencioso. Al llegar a la propiedad, el aire cambió. Brianna descubrió con recelo que tenían un invitado. Un caballo de raza desconocida, robusto y de pelaje oscuro, descansaba en el antejardín. No era un animal de la región; tenía la estampa de las tierras indómitas.

—Parece que padre tiene visita —mencionó frunciendo el ceño contra el animal.

Su madre atendió sus palabras con una expresión de sorpresa que rayaba en la satisfacción.

—Ya está aquí —exclamó encendiendo de nuevo la chispa de la alegría.

De inmediato la apremió para que descendieran rápido. Brianna fue arrastrada hacia el interior de la casa, cruzándose con una señora Crave que irradiaba una alegría sospechosa. El secretismo de su madre le martilleaba las sienes.

—¿Puedo saber por qué tanta urgencia? —preguntó con cautela,

tratando de seguirle el paso.

—Debes de verlo por ti misma —respondió su madre.

Cuando llegaron a las puertas del despacho, el murmullo de una voz grave, profunda y con una cadencia extranjera, proveniente del interior, hizo que Brianna se detuviera en seco. Después de que la señora Crave anunciara su llegada, la charla que se estaba llevando a cabo dentro se interrumpió para darles la entrada.

Una vez que el ama de llaves abrió la puerta, su madre le apretó la mano y la empujó al interior. Allí, junto a su padre, se alzaba un hombre que parecía haber sido tallado en roca y tormenta. Era robusto, de porte imponente y una elegancia salvaje que desentonaba con la pulcritud inglesa del despacho.

August Harper levantó la vista, y Brianna se quedó sin aliento observando al caballero, sintiendo que el tiempo se detenía entre los dos.

—Llegas en el momento oportuno —dijo su padre.

—¿Para qué? —preguntó ella, incapaz de romper la conexión, con la garganta seca, mientras el forastero le clavaba una mirada azul acero que parecía leerle hasta el último de sus rebeldes pensamientos.

—Para conocer a tu prometido —anunció su madre con un aplauso, dejando a Brianna suspendida en un abismo de espanto y consternación.

Capítulo 5

Una sentencia cumplida

Brianna seguía sin dar crédito a lo que le tenían reservado sus padres, mientras caminaba por el jardín sintiendo que el mundo se había vuelto un lugar ajeno. A su lado, la figura de Kieran Callaghan se erguía con una naturalidad insultante, empequeñeciéndola no solo con su estatura, sino con una presencia que aplastaba de forma implacable cada brizna de hierba que pisaba. Era su «marido importado», como una sentencia de carne y hueso traído directamente desde las indómitas tierras irlandesas.

Ni en sus sueños más salvajes imaginó que esto sucedería o que se atrevieran a tanto. Lo observó de reojo, tragando con fuerza. Sus facciones eran duras, talladas con la severidad de quien ha lidiado con tormentas, y esa mandíbula cuadrada le confería un aire de inamovible determinación.

Se sintió muy recelosa por la confusión que le causaba en su cabeza solo con apenas haberlo visto. De inmediato odió esa sensación. Detuvo su paso de manera abrupta y se aclaró la garganta para hablar.

—Mi padre amenazó con darme una lección si no me casaba

pronto —murmuró, con un deje de amargura—, pero parece que esta vez su mano ha llegado demasiado lejos.

—Supongo que esto obedece a su renuencia a casarse como se debe —replicó él. Su voz era un eco grave que pareció vibrar en los huesos de Brianna.

Ella se detuvo en seco, encarándolo con el fuego de la indignación en la mirada.

—¿Y qué tiene que ver con usted, lord...?

—Callaghan. Kieran Callaghan, por si aún no le queda claro —completó, y el nombre sonó como una advertencia en su cabeza.

Brianna sintió como un traicionero hormigueo le recorría la nuca. Reconoció con un poco de resquemor que ningún caballero de Burford había logrado jamás acelerarle el pulso de aquel modo tan infantil, y le resultó una tontería que la disgustó sobremanera. Se sacudió el pensamiento de su cabeza con rapidez.

—Ya lo tengo claro —replicó con algo de desdén.

—Para responder su pregunta, mucho, señorita Harper, puesto que mi único interés en este país es desposarla a usted —sentenció él con una firmeza que no dejaba espacio a la duda.

—Esto tiene que ser una broma —bufó ella, arrugando el ceño.

—¿Y por qué habría de serlo?

—Porque nadie en su sano juicio cruza el canal de San Jorge solo por una mujer con mi historial.

—Tendrá que empezar a creer que yo no soy un hombre que busque la cordura en sus negocios —repuso Kieran.

Brianna retomó la marcha, acelerando el paso para alejarse de esa mirada azul que parecía leer sus secretos.

—¿Dudo que no haya escuchado los ecos de mi mala fama?

—Cork está demasiado lejos para que los chismes sobrevivan al viaje —respondió él con un asomo de sonrisa que le sacó un

resoplido.

—Aun así, no tiene sentido —insistió ella, apelando a la lógica que tanto le gustaba—. Un irlandés buscando una esposa inglesa... es un chiste, dado que somos mundos en colisión, no en alianza — expuso, conociendo un poco de la situación política, gracias a que su padre se mantenía muy bien informado.

—Tal vez —adujo él, suavizando el tono, pero manteniendo la intensidad— me he dejado cautivar por la idea de poseer una hermosa rosa inglesa.

Brianna se cruzó de brazos, sintiendo que la rabia era lo único que la mantenía a salvo de la curiosidad.

—Le advierto que soy una rosa con demasiadas espinas, milord.

—Y yo —se ufanó él, inclinándose apenas hacia ella— poseo una excelente navaja para podarlas.

Sus palabras la hicieron refunfuñar, causándole un involuntario sonrojo que atribuyó a la rabia por la sorpresa de la que aún no se reponía. Su mirada se ensanchó de puro espanto. Le estaba quedando claro lo convincente que deseaba mostrarse su futuro marido irlandés.

—Ya lo veremos; y mientras, espero que desista de seguirle el juego a mis padres —bromeó sin nada de humor.

Sin esperar respuesta, dio media vuelta y huyó hacia la casa, dejando a Kieran a medio camino del invernadero. Cruzó el porche como una exhalación, ignorando los llamados de sus padres, y no se detuvo hasta que escuchó el sonido del cerrojo.

Pero la curiosidad es una traidora persistente, y no pudo aguantar la curiosidad por ver si se marchaba de la propiedad. Se asomó a la ventana, oculta tras el visillo, para ver cómo Kieran se despedía de sus padres tras mantener una breve charla que terminó cuando le llevaron su caballo oscuro y lo montó con una destreza

animal.

Justo antes de partir, Kieran ajustó su sombrero y clavó la mirada exactamente en su ventana. El pánico por ser descubierta la golpeó con la fuerza de un rayo. De inmediato se dejó caer al suelo de forma estrepitosa, escondiéndose como una chiquilla atrapada en una travesura.

Allí la encontró Alice, minutos después, con el corazón galopándole contra las costillas.

—¿Ya se marchó? —preguntó algo avergonzada.

Alice asomó la cabeza por la ventana y asintió con una sonrisa cómplice.

—Sí, se ha ido, señorita; pero no dude en que volverá.

Brianna arrugó el ceño resoplando con fuerza ante esa nueva realidad.

Capítulo 6

Un prometido importado

—¿Es de su agrado la propiedad, lord Callaghan? —preguntó Sean, su ayudante personal, rompiendo el hilo de sus pensamientos.

Lo había llevado consigo desde Cork por petición de su padre, para afrontar toda esta locura. Ambos acababan de concluir el recorrido por la residencia que ocuparía durante los próximos tres meses. *Noventa días* en los que debería *fingir* ser el prometido ideal para una señorita traviesa y esquiva, una joven que, según el propio padre de Brianna, necesitaba ser corregida con urgencia antes de que su reputación terminara por descarrilarse y lo enviara frustrado a la tumba.

La estancia era modesta, ubicada en una zona céntrica de Burford; discreta pero funcional, el escenario perfecto para el papel que le tocaba desempeñar. Kieran sonrió para sus adentros al recordar el rostro de la señorita Harper, encendido por una furia que, lejos de amedrentarlo, le había resultado intrigante. Más cuando lo dejaba con la palabra en la boca. La percibía esquiva, sí, pero no *imposible* de domar.

Al instante, negó con la cabeza, cuestionándose por haberse

prestado a semejante despropósito. Tuvo que recordarse que aquello no era más que un negocio; un intercambio de favores que ayudaría a mantener a flote el orgullo de su propia familia en Irlanda. Si no hubiera sido por la insistencia de su anciano padre, jamás se habría acercado a una mujer que en su tierra considerarían como caprichosa y malcriada.

Sean carraspeó, reclamando su atención.

—Lo es —contestó de forma escueta.

—Puedo buscar un lugar más privado. Sé que no le gusta el bullicio —añadió el hombre.

Kieran lo miró.

—No es necesario. Nos quedaremos aquí —sentenció.

Sean lo conocía muy bien, lo suficiente como para saber que detrás de su fachada de hombre fuerte y robusto se encontraba un alma tímida. Su padre lo había puesto a su disposición como una especie de tutor desde que tenía diez. Era angloirlandés, otra de las razones por la cual había sido arrastrado a ese viaje.

Caminó con las manos entrelazadas a la espalda hacia el ventanal. Desde allí divisó el coche del barón entrando en la propiedad. August Harper llegaba puntual para finiquitar los detalles del *asunto*.

—Ya llega el barón —anunció.

—Me encargaré de recibirlo de inmediato —anunció su sirviente con solicitud.

—Tráelo hasta aquí y destapa la botella de Bushmills —le ordenó. Siendo un hombre de tradiciones férreas, se negaba a que una gota de burdeos o jerez tocara sus labios. Para ello se había abastecido de su propio whisky irlandés.

Mientras esperaba, Kieran intentó sacudirse la imagen de Brianna. La carta con la petición del barón había llegado a

comienzos de año y, al principio, no la había tomado en serio. No creyó que su padre lo hiciera tampoco, pero la promesa de una alianza que oxigenaría su economía familiar terminó por convencer al viejo Callaghan.

La tarea recayó en él por ser el único hijo soltero, una soltería que mantenía por decisión propia, al menos hasta el año entrante, cuando debería elegir esposa de la lista de tres candidatas que su madre ya le tenía preparada.

En su mundo, el matrimonio no era una cuestión de amor, sino una férrea resistencia para mantener puro el linaje frente a un *colonialismo* impuesto.

—Lord Harper está aquí, milord —anunció el mayordomo.

Kieran se giró para encontrarse con August Harper, a quien la vejez parecía haber encogido, por lo que de aquel hombre inglés, esbelto y antipático que Kieran recordaba haber visto una vez en Cork apenas quedaban rastros. Lo mismo pensaba a menudo de su propio padre.

—No olvides traer el whisky —le recordó a Sean.

Este asintió mientras el barón se acercaba con el golpeteo rítmico de su bastón.

—Parece que ha encontrado un lugar a su gusto, Callaghan.

—Me agrada aquí, es ideal para la temporada que permaneceré en estas tierras —repuso Kieran con una distante cortesía.

—Bien, pero puedo brindarle una estancia mejor.

—No es necesario, milord —rechazó tajante su oferta.

Pese a la imperante necesidad del trato, prefería mantener su orgullo.

—Créame que sí —insistió el viejo Harper—. Sería poco para lo que debe enfrentar con mi Brianna.

—En ese caso, ¿no habría sido más fácil comprarle un marido

directamente? —comentó Kieran. No pretendía sonar desdeñoso, pero la franqueza irlandesa a veces se confundía con la insolencia.

Se quedó atento a la reacción del barón, que luego de fruncir su ceño rompió a reír.

—Por supuesto que podría hacerlo, pero algunos deben conocer, antes que nada, su lugar. —Se jactó August, manteniendo su dignidad intacta a pesar de la hilarante chanza.

—¿Eso aplica para mí?

—No, puesto que usted no se casará con mi hija —sentenció August con un rezago de sonrisa cargada de advertencia.

—Eso es algo que está bastante claro —repuso Kieran con tono mesurado.

Le pareció una respuesta razonable; el acuerdo versaba acerca de un compromiso *ficticio*, no sobre un sacramento real. No obstante, la firmeza con la que el barón descartaba la remota *posibilidad* en el fondo le causó una leve y extraña molestia sobre la que prefería no ahondar.

Su ayudante regresó justo cuando se sentaban en la sala, y les sirvió el licor con el que sellarían el trato y darían comienzo a la primera fase del plan.

—Aun así, ten presente algo, muchacho: jamás le tocarás un solo cabello a mi hija —advirtió el barón, examinando el color ámbar de su bebida.

Kieran rio para sus adentros. No lo tenía planeado y tal cercanía le resultaba impensable... o eso quería creer. Aun así, la misión de cortejar a Brianna empezaba a resultarle extrañamente divertida, aunque solo fuera por el placer de ver rabiar a su preciada rosa inglesa para hacerla más apetecida. No era ajeno a las *verdaderas* razones del barón.

Capítulo 7

Una tensión con aroma a rosas

—¿Qué opina, señorita? ¿No le parecen preciosas? —manifestó su doncella, Alice, con una emoción que a Brianna le resultó casi insultante.

Esta frunció el ceño con horror ante el ramillete de rosas rojas y blancas que sostenía la muchacha. Lord Callaghan lo había enviado muy temprano, junto a una nota cuya caligrafía era tan perfecta que le resultaba irritante: «Espero que esto pueda embellecer su despertar».

Ella ignoró el ramo y se hundió de nuevo en la cama, ocultándose bajo las sábanas con el firme deseo de que la disparatada idea de sus padres fuera solo una gran pesadilla. Si algo no podía negar era que Kieran Callaghan poseía todo lo necesario para arrebatarle el aliento a cualquier mujer: una altura prominente, elegancia innata, una belleza casi salvaje y un carácter indomable que, sospechaba, rivalizaría peligrosamente con el suyo.

Sin embargo, no era su atractivo lo que la perturbaba, sino su linaje. Que fuera extranjero suponía una afrenta directa a sus planes; una cosa era rechazar a los pretendientes locales y otra muy

distinta enfrentarse a una estirpe añadida a la fuerza por pura conveniencia económica. Había leído suficiente sobre la situación en Irlanda como para deducir que aquel hombre no estaba allí por gusto propio.

Esa deducción hizo que su mirada se iluminara con una idea tan osada como arbitraria. Saltó de la cama y se plantó frente a su doncella con una sonrisa triunfal.

—Ponlo por allí —ordenó con un gesto vago de su mano, antes de apresurarse al tocador para arreglarse con un esmero tan inusual que Alice la miró espantada.

Cuando entró en el comedor, sus padres la observaron con una sorpresa que no se molestaron en ocultar.

—Parece que hoy no ha sido necesario sacarte de la cama, querida —festejó su madre, sonriendo con complicidad a la señora Davies, que esa mañana los acompañaba en la mesa.

—Tal vez porque me ha llegado un regalo bastante... peculiar —soltó con sarcasmo mientras se dejaba caer en su silla.

—Sí, lo hemos visto desfilar por el pasillo —añadió lady Harper, complacida.

—Deberían estar ofendidos —masculló Brianna, mirando con desgano cómo su doncella llenaba su taza de té.

—¿Y por qué habría de ser una ofensa? —intervino August, dejando a un lado el periódico que estaba leyendo.

—¿Cuánto le habéis pagado? —los increpó ella de pronto, causando una conmoción instantánea entre sus padres, la señora Davies y el servicio que atendía la mesa.

Su padre se aclaró la garganta con fuerza haciendo que se detuvieran, despidiendo luego al personal, incluyendo a la compañía de su madre, con un gesto severo.

—¿Qué tonterías estás diciendo, Brianna? —la inquirió él una vez

que estuvieron solos.

—Ninguna. Es obvio cuánto conoce lord Callaghan nuestra historia. Y cuánto debe necesitar el dinero —expuso ella con una calculada frialdad.

—Sería el colmo que no conociera nuestra historia —repuso su madre recuperando la calma—, pero te equivocas en lo demás.

—Quizá por eso su detalle tiene un doble sentido —insistió Brianna—. Rosas rojas y blancas, ja. Diría que es una tregua de sangre.

—Querida, ya superamos esa etapa. Si su majestad Enrique VII pudo adoptarlas como símbolo de unión y pacificación, ¿no crees que el mensaje es claro? —adujo Elena.

—Demasiado, madre. Quizá una rendición voluntaria —contestó ella con enojo.

—Lord Callaghan no ha pedido ni una libra a cambio —sentenció August, recuperando su tono de mando—. Él realmente está interesado en conocerte, y esperamos que tú hagas lo mismo.

—No quiero —se quejó Brianna enfurruñada. En el fondo, su intuición le advertía que bajar la guardia ante el irlandés sería su fin.

—Esta vez no tendrás la opción de negarte —sentenció August, con tono firme y sin una pizca de humor.

—¿Y si lo hago? ¿Y si después de conocerlo sigo pensando lo mismo? —preguntó ella, sazonando sus palabras con una evidente ironía.

—Entonces, tal vez te arrepientas de haber rechazado a tantos buenos pretendientes cuando te veas obligada a aceptar a uno peor —dijo su madre con una calma exultante.

—¡Eso jamás!

—Entonces da tu mayor esfuerzo, porque lord Callaghan ya ha empezado a dar el suyo. Le hemos advertido de lo difícil que será

tratar contigo, querida.

—¿Eres mi madre o mi enemiga?

—Ambas —contestó lady Harper con un matiz de humor chispeante—. Por lo pronto, prepárate para redactar una carta de respuesta a su hermoso gesto con las rosas.

—No lo haré —refunfuñó Brianna de forma audible—. Si quiere mi atención, tendrá que esforzarse mucho más que enviando un puñado de flores.

—Son rosas, querida hija, y por lo visto las ha encargado en la florería de la señora Dalloway —alardeó Elena, provocando que refunfuñara más.

Acto seguido, se puso en pie con toda la dignidad que pudo reunir y pidió que le llevaran el desayuno a su habitación.

Capítulo 8

Un olor a tinta y mucho sarcasmo

Brianna sabía que, si un caballero quería sorprender en su cortejo a una dama, recurrir a los sofisticados ramos de la señora Dalloway era una estrategia infalible. Aquella mujer se había hecho acreedora de su fama desde que tuviera el honor de exportar las hermosas y delicadas rosas de su vivero para colocarlas como arreglos florales en una de las tantas fiestas de jardín del palacio de Buckingham.

Hubo tanta notoriedad que no existió nadie que no deseara sus flores, lo que la florista aprovechó para que sus precios fueran al alza, tanto que ni las flores del jardín de su madre estaban tan cotizadas. Sin embargo, el hecho de encargarle un arreglo no solo demostraba el buen gusto de un caballero, sino su elevado poder adquisitivo.

Brianna pensó mucho en ello mientras intentaba redactar su carta de respuesta. Deseó no hacerlo, pero se arriesgaba a que su madre la escribiera por ella. Sabía que, en el fondo, lady Harper danzaba de felicidad porque, con ese gesto, Kieran estaba sentando un nuevo precedente en su vida: no obstante sus escándalos, seguía siendo merecedora de rosas tan finas.

Muy a su pesar, aceptó que eso lo convertía en un contrincante tanto combativo como interesante. Aquello solo le provocaba más ganas de descubrir cuáles eran sus verdaderas intenciones. Pensando en ello, una sonrisita maliciosa asomó en sus labios como un gran impulso para escribir la dichosa carta.

Milord,

Sepa usted que agradezco su magnífico detalle, el cual no dudo que me hará bastante popular en los próximos días, y supongo que tengo que darle las gracias por refrescarme la memoria con el mismo entusiasmo con el que me envió las flores muy de mañana.

Sobre si tuve un buen despertar, admito que lo hice bajo el espanto de tan majestuoso ramo. No obstante, me temo que las rosas rojas y blancas son tan efímeras como las intenciones que se compran entre acuerdos de caballeros.

Si su caligrafía es tan perfecta como se muestra, espero que la use para algo más productivo que «embellecer mi despertar», pues mi intelecto suele estar despierto mucho antes que mis ojos, por lo que prefiero los libros a las rosas, cuya belleza está condenada a marchitarse.

Le deseo una estancia... cómoda en Burford.

Se despide,

B. Harper

La sonrisa de Brianna se intensificó al poner el punto final a su ingeniosa respuesta. Con aquello estaba segura de que al señor Callaghan le quedaría claro que no era una mujer fácil de

impresionar, aunque muy en el fondo tuviera que admitir que, hasta ese momento, ningún caballero le había obsequiado un ramo de la señora Dalloway.

Con ello dio por sentado que su mal augurio sobre estar de boca en boca en los siguientes días era un hecho. Aquello le generó cierta molestia, pero no la suficiente como para retractarse de sus palabras. Por lo menos, le dejaría claro que no le sería tan fácil conquistarla solo con sus bonitos detalles.

Una vez sellada la carta, pidió a Alice que la entregara a uno de los criados para que la llevara sin demora y la pusiera directamente en manos de Kieran, reafirmando con ello su irreverencia al saltarse los protocolos. Después, se acercó al estante y agarró el libro que estaba deseando terminar para poder elegir el siguiente.

Su madre entró en la biblioteca justo en ese momento y se acercó a ella con cautela.

—¿Por fin terminaste la carta?

—Ya la he enviado —respondió ella muy ufana.

Lady Harper arrugó el ceño al mirar el libro que tenía entre manos y que Brianna no se molestó en ocultarle. Enseguida se acercó y se lo arrebató, cerrándolo y dejándolo sobre la mesa ratona del centro. Después fue hasta el estante y sacó un libro de poemas que le hizo arrugar la cara con hastío.

—Esto te vendrá mejor.

Brianna mostró su desagrado cuando lo puso en sus manos.

—No estoy para poemas cursis, prefiero algo que me ayude a entender el mundo.

—Cariño, nuestro mundo está dentro de lo único que podemos gobernar. Y eso es nuestra propia casa —reafirmó su madre.

—Pero mi «hogar» se vislumbra bastante lejos —arguyó Brianna, socarrona.

—Donde quieras que esté será decisión tuya —repuso su madre ignorando su burla, mientras ella miraba el título del libro con recelo —. Tal vez deberías aprender algunos para sorprender con tu buena lírica a lord Callaghan.

Brianna resopló con fuerza ante esa insinuación. La idea de siquiera pensar en hacerlo le resultaba hilarante.

—¡Ni lo sueñes! —exclamó tirándolo sobre la mesa. Después rio, añadiendo—: Creo que lo sorprenderé bastante con mi más sincera y entusiasta respuesta.

Sus palabras hicieron fruncir el ceño a su madre, quien solo negó con la cabeza antes de marcharse. Una vez que se quedó sola, agarró de nuevo su libro y buscó la página en la que se había quedado para continuar con su entretenida lectura.

Capítulo 9

Una treta inesperada

La respuesta de Kieran llegó al día siguiente y, al contrario de lo que Brianna esperaba, no apareció con el cantar de los pájaros por la mañana. Se presentó a las cuatro de la tarde, envuelta en el murmullo de los grillos, justo cuando ella se disponía a tomar el obligado té con su madre y la señora Davies.

Tampoco vino acompañada de un nuevo ramo de rosas, sino de un paquete toscamente envuelto y que exacerbó su expresión.

—¿A qué esperas para leerla? ¿O es que te asusta el resultado de tus propias travesuras? —comentó lady Harper, antes de probar, con una delirante parsimonia, su infusión de amapolas importadas.

Brianna frunció el ceño y puso los ojos en blanco.

—De ningún modo —renegó, apartándose hacia el ventanal para leer, en la intimidad de la luz de la tarde, lo que él había escrito con su impecable caligrafía.

> Milady,
>
> Confieso que su carta me ha resultado tan refrescante como el rocío de la madrugada. Supongo que pequé de ingenuo al pensar que le encantarían las rosas, pero me

alegra saber que su intelecto despierta muy temprano. Le confieso que el mío también lo hace, y por lo general, buscando un desafío que esté a la altura de mi paciencia.

Lamento que mi caligrafía le resulte irritante por su perfección, pero en mi tierra aprendemos que, si se va a empuñar una pluma —o una espada—, debe hacerse con precisión absoluta. En cuanto a su preferencia por los libros por sobre las flores, comparto su pragmatismo: las rosas mueren, pero las palabras bien escritas tienen la mala costumbre de sobrevivir a quienes las lanzan.

Puesto que prefiere entender el mundo, quizá quiera descifrar el mío. Por ello, me encantaría recomendarle el *Lebor Gabála Érenn*; es uno de mis favoritos. Ah, y no se preocupe por mi comodidad en Burford; soy un hombre de gustos sencillos y poseo una voluntad tan dura que resulta muy difícil de incomodar.

Suyo con la misma irreverencia,

K. Callaghan

Brianna apretó el papel en su mano, sin saber si lo hacía porque le molestaban las palabras infladas de sarcasmo o porque Kieran utilizaba su mismo tono jocoso y lleno de sátira para contraatacar. No pudo llegar a un consenso mental cuando, al destapar el paquete, se encontró con una copia un tanto desgastada del libro recomendado, con el cual terminó soltando una risa involuntaria.

—Parece que lord Callaghan te ha escrito algo muy gracioso —opinó su madre, cruzando una mirada cómplice con la señora Davies.

—Me voy —anunció Brianna, sorprendiéndolas a ambas.

—¿A dónde vas? Tu té se enfriará.

—A la biblioteca —contestó, marchándose sin demora.

Mientras caminaba haciendo resonar sus pasos en el pasillo, admitió para sí misma que la curiosidad le estaba ganando la partida a su orgullo.

Al entrar, encontró a su padre sentado en el sofá, revisando la correspondencia de la tarde.

—¿Leyendo mis libros a escondidas otra vez? —le preguntó August sin siquiera apartar la vista de sus papeles.

—Esta vez no, padre. Este es un regalo del «prometido» que me conseguiste —respondió a la fundamentada acusación de su padre.

Con esto sí logró perturbar su atención. August dejó las cartas a un lado, clavándole la mirada.

—¿De qué se trata?

Brianna le acercó el ejemplar. Su padre se mostró genuinamente sorprendido al examinarlo.

—¿Y crees que podrás entenderlo?

La pregunta ensombreció su mirada llevándola a ojear el interior del libro por primera vez, lo que la hizo fruncir el ceño al instante.

—¿Es irlandés? —preguntó recelosa.

—Gaélico irlandés —corrigió su padre—, ¿no te habías percatado de ello?

—Supongo que esa es la razón por la que no te enojará que lo tenga —refunfuñó ella.

—Confieso que es una buena jugada de lord Callaghan.

—¿Acaso le sugeriste que me regalara esta clase de libro? —preguntó.

Fue idea suya mencionar su gusto por la lectura provechosa, mas no esperaba que fuera tan en serio con lo de «descifrar su mundo». El pensamiento la hizo resoplar.

—Para nada, hija, pero parece que se le ha ocurrido entregarte

uno que no podrás comprender sin que él mismo tenga que explicártelo.

—¡De ningún modo le pediré tal cosa!

—Entonces tendrás que devolvérselo.

—¡Tampoco!

—¿Y qué harás? —cuestionó fijando en ella toda su atención.

Brianna frunció los labios.

—Traducirlo por mí misma, tal como he hecho con algunos de tus libros en francés —gruñó apretando los dientes.

—Vaya..., parece que acabo de descubrir lo astuta que puede llegar a ser mi hija.

—Así es, padre. Si con esto lord Callaghan cree que logrará acercarse a mí, acaba de errar de forma estrepitosa.

—¿Entonces te empeñas en no tratar con él?

—¡Por supuesto! Así que ya verás como pronto desiste de su interés por este compromiso —exclamó ella, empezando a buscar febrilmente un diccionario entre los estantes.

—En ese caso, parece que estarás muy ocupada y no podrás acompañarme el sábado a la carrera benéfica anual de caballos organizada por el alcalde —mencionó su padre, distrayéndola de su búsqueda infructuosa.

En la biblioteca solo había diccionarios en inglés y francés.

—¿Por qué? Por supuesto que puedo —masculló ella, girándose hacia él con la mirada encendida.

—Porque de todos modos este año te será difícil hacer de las tuyas, Brianna. Lord Callaghan será nuestro jinete —anunció, causándole una consternación con la sorpresa.

Capítulo 10

Una presencia que quita el aire

Pese a su renuencia a volver a toparse con Kieran de otra manera que no fuera a través de su duelo de intercambio de misivas, Brianna admitió su primera derrota al pedirle a su padre que la dejara acompañarlo. August finalmente aceptó, aunque bajo una condición innegociable: debía permanecer sentada en la grada, guardando el decoro propio de las damas.

La carrera anual era un evento tradicional que emulaba al que se realizaba en verano en Ascot, y reservado para caballeros, pero Brianna, en los últimos tres años, se las había ingeniado para imponer su presencia llegando al recinto montada a horcajadas en su propia yegua. Aunque no le permitían competir, se daba el gusto de provocar un pequeño escándalo al no requerir ayuda para montar ni desmontar de su briosa yegua, además de lanzar sus apuestas con la misma audacia que cualquier varón.

Aquella mañana, Brianna entró en la sala acompañada de su doncella, provocando que su madre y la señora Davies alzaran las cejas con un asombro exagerado.

—Vaya, parece que este año nuestra adorable hija no nos dejará

en ridículo —emitió lady Harper con tono exultante.

—Nunca lo hago con ese propósito, pero deberían felicitarme por mi moderación —se ufanó Brianna, arrancándoles un incrédulo resoplido.

—Si fuese así, ya estaría yo acunando a mi primer nieto —arguyó su madre, sacándole un bufido de fastidio.

Brianna se contuvo de replicar; decidió mantener la compostura para que siguieran creyendo que había bajado su altanera cerviz. En ese momento apareció su padre, vistiendo su traje de montar con una elegancia impecable. Su alegría por contar, al fin, con un jinete que representara sus colores hizo que Brianna frunciera el ceño.

Le pareció que August daba por sentado que el matrimonio con Kieran era un suceso inevitable, una autodeclaración de compromiso sin su consentimiento, aunque aquello fuera un privilegio del que muy pocas gozaban. Sus referentes no estaban dentro de su familia; y su madre, de quien había heredado un poco de su irreverencia, siempre terminaba ceñida a las normas.

—Queridas damas, nos vemos en el hipódromo —anunció él con entusiasmo, antes de acercarse a su hija—. Ni se te ocurra apostar esta vez, Brianna.

—¿Y por qué no? —renegó ella ante la advertencia.

—Porque perderás nuestro dinero en vano. Lord Callaghan es un excelente jinete.

—¿Y supongo que también será un excelente marido? —bufó.

—De momento no me quejo de sus buenas intenciones —adujo su padre con una sonrisa enigmática.

Tras aquello, August apuró a su asistente, el señor Warlock, y marchó a caballo rumbo a las afueras de Burford, donde se situaba el hipódromo improvisado. Como uno de los financistas honorarios e impulsador de la excelente iniciativa hípica, su presencia era

infaltable.

—¿A qué esperan? Es hora de irnos también —las apuró su madre, conduciéndolas en fila hacia el carruaje.

Brianna apretó contra su costado la bolsa donde guardaba el libro. Pese a todos sus intentos nocturnos, no había logrado descifrar ni la primera línea, y la frustración crecía al indagar en la importancia de aquella lectura. Pero a ella le fascinaban los desafíos, y Kieran Callaghan empezaba a resultarle uno de los más formidables.

Al llegar, el recinto era un hervidero de apuestas y sombreros de copa. Mientras los caballeros se agolpaban cerca de la pista, las damas tomaban sus lugares de forma acartonada en las gradas, agitando sus abanicos con una parsimonia ensayada.

Brianna observó la escena con disgusto; era la primera vez que ocupaba su asiento como una «dama ejemplar».

—¡Milady! —exclamó Ethel Bronwick, agitando su abanico para indicarles el respectivo lugar que ocuparían a su lado, bajo la techumbre del palco superior.

Lady Harper la apremió, atrayendo las miradas de los presentes hasta que alcanzaron su sitio.

—Gracias, querida Ethel. Parece que el entusiasmo este año se ha duplicado —mencionó Elena, dirigiendo la vista hacia el punto de mayor concentración femenina.

—Quizá se deba a su futuro yerno. Sin duda, la noticia ha causado un revuelo considerable —comentó Ethel con un matiz evidente de sorna.

Brianna pensó para sus adentros que, sin proponérselo, le había arrebatado toda la atención a Colette, la hija de Ethel. Aquello le causó un leve desasosiego, pues la aparición de Kieran parecía haber borrado su currículo de joven escandalosa de un plumazo,

sustituyéndolo por el morbo que despertaba su exótico atractivo irlandés.

Él era, sin duda, el foco de todas las miradas. Cabalgaba sobre un semental negro de proporciones hercúleas, un animal que exhalaba vapor por las ternillas y cuya musculatura espejeaba bajo el sol pálido. Lo que más llamó la atención de Brianna fue su indumentaria: Kieran no vestía la tradicional levita ni los pantalones reglamentarios, y ni rastros del color que representaba la baronía de su padre. Iba de cuero oscuro, desafiando el orden establecido e imponiendo el suyo propio.

Aquella petulancia provocó el recelo de los demás caballeros, que parecían pequeñas figuras de porcelana a su lado. A Brianna, sin embargo, aquel despliegue de soberbia le agradó; al menos era alguien de quien poder regodearse. Sin darse cuenta, se halló sonriendo de forma involuntaria.

Borró la sonrisa de tajo en cuanto su mirada se cruzó con la enigmática del guerrero irlandés. En ese instante, ella comprendió que aquel hombre empezaba a eclipsar todo lo que había a su alrededor.

Capítulo 11

Espinas de hierro y flores de campo

—Parece que mi madre tiene mucha razón —manifestó Colette a su lado, con una voz que pretendía ser dulce, pero que escondía un finísimo filo.

No era la primera vez que Brianna se sentaba junto a ella, pero sí en la que notaba un atisbo de desdén en sus palabras. Si por algo se destacaba la adorable hija del alcalde era por la delicadeza de sus facciones y la suavidad de su discurso; sin embargo, aquel día, el aire de Burford parecía haber afilado todas las lenguas.

—¿Te parece atractivo? —le preguntó Brianna en voz baja, inclinándose apenas hacia ella y provocando un sobresalto en la muchacha.

—¡Por qué pensaría yo algo así! —gimió Colette, atolondrada, mientras desplegaba con urgencia su abanico frente a su rostro. Se cuidó mucho de no llamar la atención de su madre, quien, al igual que lady Harper, las vigilaba con ojos de halcón desde el palco.

—Es solo un hombre —añadió Brianna con indiferencia.

—Milady parece no tener conciencia de lo que eso significa en realidad.

Brianna rio para sus adentros, disfrutando de la incomodidad ajena.

—Ni tú tampoco, me temo.

—¿Por qué dice eso?

—Porque ya deberías saber que, justo donde termina el cuento de hadas, comienzan las pesadillas.

Colette frunció el entrecejo ante aquel paralelismo tan sombrío. Sin embargo, Brianna lo pensaba con convicción; y mientras ese fuera su veredicto, seguiría empeñada en imponer su visión del mundo.

—¿Acaso cree que me voy a casar con alguna especie de monstruo? El señor Dale es un caballero en toda regla. Mis padres no permitirían mi casamiento si no estuvieran convencidos de ello.

—Pero ese es el problema, Colette: quien se va a casar con el monstruo eres tú, no ellos.

—¡Brianna! —exclamó la joven, llamando esta vez la atención de todas las damas en la grada.

Ella se limitó a reír, satisfecha por haberle hecho perder la compostura. En el fondo, solo buscaba descolocarla para demostrarle a Ethel Bronwick que su hija no era un ángel inmaculado, sino una mujer de carne y hueso capaz de irritarse como ella. Colette la miró con recelo mientras se forzaba a sonreír ante la mirada reprobatoria de su madre; al tiempo que Elena, la suya, observaba la escena con una cautela matizada con sospecha.

De pronto, el ambiente cambió. Un murmullo creciente recorrió las gradas y las miradas se desviaron hacia un único punto. Se trataba de Kieran, quien avanzaba de forma imponente pero elegante, escalando las gradas hasta el lugar donde ella se encontraba. Se presentó ante ella sosteniendo, para sorpresa de todos, incluyéndola, un manojo de cardos morados.

—Los he encontrado por el camino y he pensado que irían más acorde con usted, dado que no logré impresionarla con el elegante ramo de rosas de la señora Dalloway.

Brianna frunció el ceño al observar cómo apretaba los tallos espinosos sin inmutarse, sin que un solo músculo de su rostro delatara dolor. Kieran apenas curvó las comisuras de su boca en una sonrisa que era tanto arrogante como fría, un gesto que pareció cercenar todo el ruido a su alrededor.

Casi por instinto, ella extendió su mano enguantada y recibió el curioso ramo. A pesar de la apariencia agresiva de los cardos, al agarrarlos no sintió ninguna espina atravesando la tela de sus guantes. Kieran ensanchó su sonrisa, con una diversión llameante en los ojos que ella supo interpretar de inmediato: le estaba enviando un mensaje directo sobre su propia naturaleza.

—Gracias —se limitó a decir ella, sosteniendo su mirada.

Kieran inclinó la cabeza de forma leve, en un saludo comedido y muy preciso.

—Lo tomaré como un augurio de buena suerte —añadió él, antes de alejarse con la misma zancada decidida con la que había subido.

Brianna observó el manojo en su mano y tuvo que aceptar que los irlandeses poseían una forma muy particular de impresionar. Nunca habría imaginado que un puñado de cardos silvestres pudiera poseer un atractivo tan inusual y salvaje, considerando la razón por la que había sido acogido por los escoceses.

—Parece que lo del monstruo también aplica para ti, querida Brianna —le susurró Colette al oído con una sonrisilla maliciosa, devolviéndola con brusquedad a la realidad.

Ella arrugó el gesto, volviéndose hacia la ancha espalda de su «supuesto prometido», sintiendo cómo los nervios se le tensaban. Enseguida se volvió hacia Alice, que aguardaba unos pasos atrás.

—Sostenlos y ven conmigo —le ordenó, poniéndose en pie con decisión.

—¿A dónde vas, querida hija? —le preguntó su madre con voz contenida.

—A tomar un poco de aire —respondió, provocando un nuevo revuelo de murmullos entre las damas del palco.

—Pero aquí hay suficiente —repuso lady Harper, apretando los dientes para no perder las formas frente a las Bronwick.

—No tanto como el que yo necesito ahora mismo.

—¡Brianna! —insistió su madre, seguramente temiendo que desobedeciera a August y corriera a las carpas de las apuestas.

—Estaré aquí para el inicio de la carrera —sentenció ella, agarrando la mano de Alice y arrastrándola fuera de la grada, huyendo de las miradas curiosas y el aroma asfixiante de la etiqueta.

Capítulo 12

Levantando el polvo

—¿A dónde vamos, señorita? —preguntó Alice, mientras la joven la arrastraba con paso apresurado entre la multitud.

Brianna deseó, por un instante, que aquello fuera realmente un escape para desobedecer a su padre y entregarse al vicio de las apuestas, pero su propósito era otro, uno más inquietante: sacudirse la extraña sensación que Kieran Callaghan le había dejado grabada en la piel.

—Quédate aquí —le ordenó a su doncella, recuperando el manojo de cardos mientras fijaba la vista en la zona de los establos.

—¿Señorita?

—Tranquila, volveré enseguida —replicó ella sin detenerse.

—¿Va a buscar al señor Callaghan? —le soltó Alice con una franqueza que la dejó espantada.

Brianna suspiró hondo, sintiéndose presa de sus propias contradicciones, pero no se detuvo.

—Ya vuelvo —masculló, encaminándose hacia el epicentro del movimiento ecuestre.

Aunque por lo general no le importaba llamar la atención, en

aquella ocasión trató de comportarse con una altura fingida frente a los caballeros que la veían pasar.

—¿Brianna? —La voz de su padre la detuvo. August se hallaba junto a Kieran, quien cepillaba con parsimonia la crin de su magnífico y, en apariencia, dócil ejemplar—. ¿Buscas la carpa de las apuestas?

Ella esbozó una sonrisa comedida, una máscara de hierro.

—Era mi intención, padre, pero en realidad solo venía a agradecer el gesto de las flores. Además de desearle suerte en la carrera a mi futuro marido —declaró con voz clara, provocando un revuelo inmediato entre los hombres presentes.

August pareció a punto de intervenir, pero se detuvo al ver que Kieran se adelantaba hacia ella. Brianna se sintió pequeña y frágil por un segundo, tal como ocurrió la primera vez que se vieron; sin embargo, tragó saliva y mantuvo la barbilla en alto.

—No era necesario, pero me halaga el gesto —dijo él. Ella percibió en su voz el mismo tono petulante y majadero que impregnaba la impecable caligrafía de sus cartas, y arrugó el ceño.

—Veo que le ha quitado las espinas a los cardos.

—Le advertí que poseo una excelente navaja —se regodeó él, con un brillo peligroso en la mirada.

—Ni crea que se saldrá con la suya, milord —murmuró ella con osadía, solo para sus oídos.

Kieran le sonrió sin llegar a entreabrir los labios. No pronunció palabra; solo le dio la espalda y regresó junto al padre de la joven, quien permanecía de pie como una estatua vigilante.

—Cariño... —gruñó August, haciéndole un gesto imperativo para que volviera a su lugar.

Brianna se marchó de allí sintiéndose extrañamente tonta, con la sospecha de que solo había ido hasta los establos para confirmar

que su prometido era, al menos, tan testarudo como ella misma. Ganada por la confusión, le devolvió los cardos a Alice y la apuró para regresar al palco.

Su madre no le perdió detalle hasta que ocupó su asiento. Tal como había augurado, instantes después se anunció el inicio. Brianna evitó buscar la figura de Kieran, manteniendo la vista fija en la pista que se extendía frente a los jinetes, entre los cuales el irlandés resaltaba como una alborotadora promesa de caos.

La bandera cayó y, de inmediato, el estruendo de los cascos sobre la tierra seca levantó un polvorín que solo el viento logró despejar. Kieran apareció a la cabeza con una ventaja que dejó a los espectadores atónitos, mientras los demás corredores mordían el polvo que levantaban los cascos de su semental.

Sin embargo, el prometido de Colette decidió darle caza, famoso por ser de los mejores jinetes. A su lado, la hija del alcalde comenzó a gritar con una emoción que la hizo olvidar todo decoro. Aquel arrebato sorprendió a Brianna.

—¿Por qué tendría que ganar él? —le preguntó, aprovechando que el bullicio les confería cierta privacidad.

Colette se volvió hacia ella con el rostro encendido.

—Porque es mi prometido —aclaró.

—¿Solo eso? —siguió preguntando, haciendo suspirar con fuerza a la joven.

—Simple, tiene que hacerlo.

—¿Y por qué no puede ganar lord Callaghan?

Su cuestionamiento la indignó aun a ella misma.

—No porque él sea el futuro yerno del barón debe llevarse el premio —alardeó Colette.

—¿Y eso qué tiene que ver? —resopló.

Colette la miró con un horror genuino, como si Brianna fuera una

ignorante.

—Los irlandeses lo único que poseen es su dignidad; por lo demás, son inferiores a nosotros —le explicó con una suficiencia que la dejó muda.

—¿Por qué dices algo así?

—No lo digo yo, lo dice mi padre... y creo que todos los demás.

—¿Y tú piensas igual?

—Por supuesto —respondió Colette con jactancia, volviendo la vista a la competencia donde el señor Dale, en efecto, parecía alcanzar a Kieran.

De inmediato un ardor se instaló en su pecho, y sin pensarlo dos veces, se puso en pie y, cuando el caballo negro galopó a toda marcha frente a su posición, gritó con todas sus fuerzas:

—*An té a lorgaíonn Éire, fuair sé í!*[1]

Era una de las líneas que había anotado en su cuaderno, parte de una lista que aún no lograba descifrar por completo. Aunque la mayoría de los presentes pensaron que había caído en la incoherencia producto de la excitación, Kieran sí la miró. Pareció apreciar el gesto, pues tras espolear a su caballo con una ferocidad renovada, no permitió que nadie más lo alcanzara hasta cruzar la meta.

Brianna, ignorando las miradas de reproche de Colette y su madre Ethel Bronwick, de repente se encontró a sí misma aplaudiéndolo con un entusiasmo que no recordaba haber sentido jamás.

Capítulo 13

Un respiro en la pradera

El día resultó ser muy diferente a lo que Brianna había planeado. Cada vez que recordaba aquel loco instante en el que decidió animar a Kieran en mitad de la carrera, terminaba riéndose de sí misma, aunque poseída por una sensación *nueva* y a la vez desconcertante. Aquello la llevó a observar con detenimiento los cardos morados que su doncella había dispuesto en un delicado jarrón de cristal sobre su cómoda. Le resultaba extraño que algo tan simple poseyera un enorme significado gracias a sus espinas.

Rememoró cómo Kieran se había impuesto a todos en la pista; sin embargo, el único en felicitarlo con sincera alegría había sido su padre. Para el resto de los caballeros, el triunfo del irlandés solo había merecido apretones de manos obligatorios y sonrisas gestuales cargadas de reserva.

Por obvias razones, ella no pudo acercarse a él tras la meta, y lo que presidió al triunfo fue el festejo propio de los hombres, ese espacio vedado para las damas decentes. Ante el apacible silencio que se adueñó de la casa, debido al cansancio de la faena, Brianna se refugió en la biblioteca buscando la soledad necesaria para

concentrarse en su lectura; sin embargo, no lo consiguió. Su cabeza estaba ocupada por un irlandés cuya presencia parecía acapararlo todo.

La puerta se abrió en medio de su perturbación y Alice apareció con una bandeja.

—Creí que le gustaría tomar un poco de té con su lectura, señorita —le dijo, colocando con cuidado la taza sobre la mesa. De inmediato, el aroma de la canela sobre la manzanilla impregnó el aire, invadiendo su nariz.

—¿Ha llegado ya mi padre? —preguntó Brianna, aspirando el dulce vapor.

—Hace un momento.

—¿Vino solo? —prosiguió ella, observando que Alice permanecía de pie, con la mirada puesta en el suelo, como si guardara un secreto pesado.

—Lo trajo el señor Warlock.

—Alice, ¿sucede algo?

—No sé si debería decirle, pero le han dejado esto —confesó la doncella, sacando un papel doblado de su bolsillo—. Lord Callaghan me pidió que se lo entregara. Él también vino a traer a su señor padre.

Brianna lo tomó y corrió hacia la ventana, donde la tarde comenzaba a languidecer. Desdobló la nota con rapidez: «Estaré en la pradera por si desea cabalgar o despejar alguna de sus dudas».

Alzó la mirada hacia su doncella, con los ojos encendidos.

—Creo que llevaré a mi yegua a pastar —determinó.

—¿Habla en serio, señorita?

Su doncella la miró inquieta.

—Ya sabes que sí —respondió, dejándose embargar por una súbita emoción—. Encárgate de que preparen la montura; nos

vemos en los establos.

Se bebió el té de un trago y, con el libro en la mano, voló a su habitación por un sombrero y un saco que se cerró hasta el cuello. En el camino se topó con la señora Davies.

—¿A dónde vas, Brianna, a estas horas?

—A la pradera. Aún hay sol y mi yegua necesita aire —respondió ella con una sonrisa esquiva.

La señora Davies negó con la cabeza, resignada.

—Supongo que te has quedado con las ganas de cabalgar.

—Yo creo que me lo merezco por haberme portado bien —soltó orgullosa.

No consideraba a Anne Davies su enemiga, por lo que era consciente de que no la detendría.

—Cielos, Brianna. Tu deber es comportarte como una dama.

—Pero eso hago, solo que no me creen.

—Regresa antes de que se pregunten por tu ausencia —le dijo cuando ella ya había retomado su camino.

Una vez en el establo, Brianna tomó las riendas de su yegua y, acostumbrada a montar sin ayuda, se dirigió hacia el camino boscoso que conectaba la propiedad con la pradera abierta. Al salir al paisaje libre, encontró a Kieran recostado sobre la hierba.

Su semental pastaba cerca, desprovisto de toda montura, disfrutando de un descanso y una libertad merecida, similar a la de su dueño.

—*An té a lorgaíonn Éire, fuair sé í* —pronunció él, incorporándose con parsimonia mientras hablaba en su natal irlandés.

—¿Qué significa exactamente? —preguntó ella tras desmontar, manteniendo una distancia prudente, sosteniendo su sombrero mientras el viento le mecía el cabello con suavidad.

—El que busca a Irlanda la encuentra.

Brianna rio al escuchar la declaratoria de la traducción, sintiendo el peso de sus propias palabras en el hipódromo.

—Supongo que eso fue lo que grité a todo pulmón.

—Y me di por aludido.

—Debe ser porque era propiamente para usted, salvo que no imaginé que tuviera un gran peso. Acaso... ¿en serio iba a perder?

—Jamás evadimos los desafíos, lady Harper —declaró orgulloso.

—¿Y ya encontró uno que esté a la altura de su paciencia? —inquirió ella, desafiándolo con la mirada.

La forma en que Kieran la observó, examinándola de arriba abajo con una intensidad que carecía de decoro y parecía desnudar sus pensamientos, la hizo tragar saliva con fuerza.

—Lo tengo justo enfrente —respondió él, grave y firme, arrancándole de paso una risa nerviosa.

—Creo que yo también lo estoy viendo —adujo ella, sosteniéndole la mirada.

—¿Deseaba cabalgar, milady?

—Pensaba que despejaría mis dudas.

—Esa era la segunda opción —repuso él, haciéndola negar con su cabeza.

Con la invitación imaginó que buscaría la montura de su caballo, pero no lo necesitó. Se impulsó sobre el lomo del animal con una destreza tan natural que la dejó pasmada y boquiabierta. En su mente impetuosa la escena se desarrollaba sin la camisa, esto hizo que se abofeteara mentalmente para recobrar la lucidez.

—¿Necesitaba que la ayudara? —preguntó él con un tono que se le antojó irónico y burlesco.

—De ningún modo —respondió ella, acomodándose a horcajadas en su silla ante la mirada sorprendida de Kieran—. ¿¡Qué!?

—Nada. Solo espero que su montura sea tan ágil como su pluma —soltó él al emparejarse con ella, fijando la vista en la vasta extensión verde que se abría ante ambos. Brianna no necesitaba condescendencia, pero notó que, incluso montados, Kieran seguía marcando una presencia arrolladora.

—Mi montura es perfecta para mí, lord Callaghan. Y mi pluma no se anda con rodeos.

—Me ha quedado claro. Casi me corto los dedos al abrir su carta —manifestó él con un poco de socarronería.

—¿Corrió por algo más que por simple orgullo? —preguntó ella apretando las riendas con firmeza, recuperando la seriedad.

Brianna se ladeó y esta vez él sí se volvió, dedicándole una sonrisa que ella aceptó como un desafío.

—Como buen irlandés, siempre hay algo más en juego. Así que no crea que permitiré que me lleve la delantera.

—Eso dependerá de quién marque el ritmo primero, y le aseguro que hoy lo haré yo —se jactó ella, espoleando a su yegua antes de que él pudiera siquiera formular una respuesta.

Aquella treta fue bien recibida por Kieran, con una carcajada seca que se fundió con el viento, mientras ambos se lanzaban al galope, y este les azotaba en la cara, bajo el cielo del atardecer.

Capítulo 14

Una libertad vertiginosa

Tras la intensa carrera, Brianna se dejó caer sobre la hierba verde y fresca, sintiendo la humedad de la tierra filtrándose a través de su ropa. Observó el cielo, donde los matices naranjas se empezaban a rendir ante un marrón violáceo que presagiaba el final del día.

—Tal vez llueva pronto —murmuró, tratando de ralentizar su respiración errática.

No había planeado competir a la par con Kieran, quien parecía incansable como su animal, que en ningún momento bajó la velocidad, llevándolos al límite. El desafío le resultó excitante; tanto que ni siquiera le preocupó acabar exhausta y con el corazón martilleando contra sus costillas.

—Ya me queda claro que es usted un hueso duro de roer, señorita Harper —mencionó él.

Kieran permanecía recostado a su lado, con la mirada fija en el mismo retazo de cielo que ella, compartiendo un silencio que por primera vez no se sentía ofensivo.

—Pensé que después de mi carta ya no le quedaban dudas al respecto —acotó ella.

—Siempre queda alguna. Estoy seguro de que tiene muchas en el tintero sobre el libro que le obsequié.

Brianna giró levemente la cabeza hacia él.

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué ese libro en particular?

—Mencionó usted que le gustaba entender el mundo —respondió él con sencillez—. Y ese volumen contiene la esencia del mío, de cómo nos fuimos construyendo de forma mítica como sociedad.

—Ya veo por qué parece un libro valioso. No creo que su intención sea regalármelo sin más.

—En efecto. Aunque tenía otro en mente, sobre el comercio de los granos del Ulster, por si prefería algo más... pragmático.

Brianna no pudo contener una risa cristalina ante la nueva recomendación. El sarcasmo de Kieran empezaba a resultarle un lenguaje extrañamente familiar.

—Supongo que, al decir que quería entender el mundo, me refería al lugar donde vivo.

—En ese caso, se dará cuenta de que es mucho más amplio de lo que cree —repuso él, guardando un silencio denso tras sus palabras.

Brianna se ladeó justo cuando él hizo lo mismo. Sus miradas se encontraron a ras del suelo, conectadas por la proximidad de la tierra.

—Tal vez por eso sigo resistiéndome a la idea de que haya venido desde tan lejos para comprometerse conmigo, cuando ni siquiera me había visto antes de llegar a Burford.

—Es cierto —admitió él, haciéndola enarcar las cejas ante su falta de galantería—, pero no sea ingenua, Brianna. La mayoría de los matrimonios en nuestra posición no son más que alianzas de guerra o de bolsillo.

—Puedo entender que quieran una alianza con mi padre, incluso

sin haber leído su tratado sobre los granos, pero no comprendo qué gana él; al contrario. Por eso me resulta más fácil pensar que usted lo hace solo por dinero.

—Mi país no goza de las mejores consecuencias tras la entrada en vigor del Acta de Unión —respondió Kieran, y su voz adquirió una densidad grave y profunda, más oscura—. Así que puede pensar lo que quiera de mis motivos. El hambre y la política suelen ser motores más fuertes que el romance.

—¿Y qué espera de este trato? ¿Me llevará a Irlanda con usted o se quedará aquí para trabajar bajo el mando de mi padre como un administrador de lujo? —lo cuestionó ella.

La pregunta causó que Kieran frunciera el entrecejo y se incorporara de golpe, quedando sentado sobre la hierba. Su mandíbula se tensó, revelando el «bloque de acero» que llevaba dentro.

—Mentiría si dijera que no hay una valiosa dote de por medio. Sin embargo, eso es algo que también debe estar claro para usted. Mi familia necesita estabilidad, y su padre necesita un heredero que sepa manejar la tierra con la misma mano.

—Por desgracia, esa es la misma razón por la que yo he roto todas las normas y me han puesto el rótulo de «mujer indeseable y escandalosa» —admitió Brianna sin una pizca de remordimiento, poniéndose luego en pie con un movimiento fluido mientras sacudía sus faldas manchadas de pasto fresco—. Pero si busca una esposa dócil y obediente, aún está a tiempo de devolverse por donde vino, señor Callaghan.

—¡Brianna! —la llamó él con la voz vibrante de una advertencia contenida.

Ella se detuvo justo cuando le daba la espalda para ir en busca de su yegua. Se quedó allí, respirando con fuerza, cuando sintió que

Kieran se ponía en pie tras ella. No necesitó verlo para saber que estaba cerca; su presencia cubría su espalda con una enormidad que la hacía estremecer.

—No voy a marcharme —declaró él cerca de su nuca, haciendo que los latidos de Brianna se aceleraran hasta hacerle sentir taquicárdica.

Ella tragó con fuerza, respirando lento y recomponiéndose. Se volvió solo cuando dejó de sentir su sombra sobre ella. Kieran ya se había acercado a su propio caballo y comenzaba a ajustar la cincha con movimientos expertos.

—Si se queda... —empezó ella, con la voz temblorosa.

—Si me quedo es porque ya sabe mi razón —completó él, sin mirarla, terminando de asegurar la montura.

Brianna frunció el ceño colocándose el sombrero. Mientras él terminaba su tarea, ella subió a su yegua con la mente revuelta y el cabello enredado con rastros de hierba de la pradera. No obstante, en el fondo sintió que aquella había sido la conversación que ambos necesitaban para poner sus cartas sobre la mesa.

Cuando estuvo sobre la silla, tiró de las riendas para volverse hacia él. Kieran ya estaba sobre su caballo, erguido y formidable bajo la luz mortecina del sol. Se marchó de allí antes de que todo sucumbiera a la oscuridad.

Capítulo 15

El salón de los favores

Brianna miró pensativa el libro que aún seguía sin descifrar. El ejemplar del *Lebor Gabála Érenn* permanecía siempre abierto sobre su regazo, pero las palabras en gaélico continuaban burlándose de su intelecto, recordándole a cada minuto que el dueño de aquel saber se encontraba a solo unos cientos de metros de su casa.

Las comisuras de su boca se alzaron al imaginar cuán difícil resultaría mantener su testarudez y traducir cada palabra sin que perdiera su esencia. Tras meditarlo largamente, determinó que no era solo la traducción lo que necesitaba; al pensar en ello, el atractivo rostro de Kieran afloró en su mente, provocándole un estremecimiento que no pudo ignorar.

No había vuelto a verlo después del escape a la pradera, un recuerdo que la perseguía aun transcurridos cuatro días. Habían sido jornadas en las que evitó toda clase de invitaciones de su madre, recluyéndose en la biblioteca con una determinación que, hora tras hora, iba perdiendo su fuerza.

Sin embargo, aquel encierro no logró apagar el fuego de su curiosidad; necesitaba hallar una respuesta a la altura del desafío de

Kieran. Reconoció, finalmente, que había encontrado la horma de su zapato, y solo le quedaba calzársela para descubrir si aquello era una ilusión pasajera o si, por el contrario, se estaba topando de frente con la felicidad que siempre había anhelado.

—¿Señorita? —La voz de Alice la sacó de su profunda cavilación.

Brianna cerró el libro de golpe y se volvió hacia ella.

—Su madre la espera en el salón de bordado —anunció la doncella.

Brianna lanzó un hondo suspiro mientras se ponía en pie.

—Creí que madre había abandonado esa idea. Dudo que alguien se presente —mencionó, recordando que en la última reunión solo había asistido la señora Pemberley, de quien se decía que había viajado a Londres por un prolongado asunto familiar.

En el fondo, Brianna sabía que la mujer solo se había alejado para evitar que la señalaran por obligarse a invitarla a su baile y tolerar sus «malos comportamientos».

—Le aseguro que se llevará una sorpresa —adujo la muchacha, arrancándole una risa cargada de renuencia.

—Está bien, vamos —cedió. Al fin y al cabo, no podía negarse tras habérselo prometido a cambio de que no la molestaran durante su retiro.

Se sacudió las faldas y se dirigió a la sala de bordado. Su asombro fue mayúsculo al escuchar no una, sino varias voces provenientes del salón. Aquello la hizo apresurar el paso y abrir la puerta de par en par, mientras escuchaba a sus espaldas la risita queda de su doncella.

En efecto, la sala estaba llena, como si acabaran de inaugurar la clase de bordado más concurrida de la baronesa Harper, emulando los días de antaño cuando arribaron a aquellas tierras.

—Vamos, cariño, ¿no piensas saludar? Todas estaban esperando

por ti —exclamó su madre, acercándose para tomarla por los hombros y presentarla ante las damas como si fuera su iniciación.

Brianna forzó una sonrisa que quedó congelada en sus labios tiesos.

—Vaya..., no esperaba que volvieran todas —soltó.

—Por supuesto que sí, querida —intervino la señora Garber, a quien Brianna no creía volver a ver jamás por allí.

Recordó que las invitaciones de aquella mujer siempre habían tenido la intención oculta de emparejarla con su ilustre hijo, un oficial de la marina. También reparó en la presencia de la señora Castille, cuyo hijo era abogado y trabajaba en un bufete de renombre. Todas estaban allí con un propósito cristalino: emparentar con la familia más prominente de la localidad ahora que el viento soplaba a su favor.

—¿Por qué están de nuevo aquí? —le susurró Brianna a su madre, quien mostró una sonrisa de soslayo.

—Qué dices, querida..., todas están aquí porque valoran nuestra amistad —respondió la baronesa con tono jactancioso.

Aunque Brianna buscó un rastro de ironía, su madre representaba su papel con una maestría absoluta, alardeando de su importancia.

—Por supuesto, no queremos descuidar las buenas prácticas —declaró Norma Castille con una inclinación de cabeza.

—¿Por qué no empezamos? O el té y las galletas de la señora Davies se enfriarán —sugirió Elena, y el grupo de mujeres la secundó de inmediato.

Mientras se servía el refrigerio, Brianna se unió al grupo de las más jóvenes: Clara Castille, Loretta Brum y Talula Colter. Sin embargo, notó dos ausencias fundamentales: Colette y Ethel Bronwick. Las tres muchachas la miraron con sonrisas un tanto

incómodas.

—Mi madre las obligó a venir, ¿verdad? —las increpó Brianna sin rodeos.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Clara, mirando de reojo a las demás.

—Aquel día en la mercería ninguna me saludó —les recordó ella con acidez.

—Lo sentimos si estás resentida, pero no fue nuestra culpa —expuso Loretta.

—¿De quién fue, entonces? —cuestionó con evidente aburrimiento, y de nuevo las jóvenes intercambiaron miradas de duda.

—Fue idea de Colette, y es la razón por la que no la verás por aquí —respondió Clara tras soltar una larga exhalación.

—Entonces, Ethel les declarará la guerra desde hoy. ¿No les preocupa que Colette no las invite a su boda? —las provocó Brianna, tratando de fastidiarlas.

—Es la hija del alcalde, pero todas sabemos que son los barones quienes impulsan las buenas obras en Burford —declaró Talula con pragmatismo.

Brianna las miró con recelo mientras ellas se encogían de hombros. Aunque deseaba preguntarles si aquel cambio de bando tenía que ver con su prometido irlandés, no necesitó hacerlo. Sabía que en Burford todos se arrimaban al árbol que más sombra daba, y ese era su padre, por mucho poder que ostentara el alcalde.

Brianna se echó a reír para sus adentros. Sin buscarlo, sus padres habían orquestado un escándalo de proporciones superiores y con una sutileza que ella misma no esperaba. Resultaba obvio que ninguna de aquellas familias estaba dispuesta a dejar su buena fortuna al azar de una suerte quebrantada en sus cimientos y venida

de muy lejos.

Capítulo 16

Dalias y crisantemos

Tras el éxito rotundo de la clase de bordado, el ánimo de la baronesa mejoró notablemente; tanto que había vuelto a dedicarse con devoción a consentir a sus flores.

—Debo admitir que ha sido una buena jugada la idea de un marido de «exportación» —expresó Brianna a su madre, mientras esta se debatía entre las dalias y los crisantemos del jardín para engalanar el jarrón del comedor.

—Si crees que esto es tan solo una sosa jugada, deberías aprender mucho más de tu padre —repuso Elena, examinando sus flores con un rigor casi quirúrgico.

Brianna puso los ojos en blanco, impaciente por la indecisión materna.

—Da igual por cuál te decidas, madre. Al final terminarás cortando alguna de las dos.

—Ese es el punto, Brianna. Lo haré, pero no por ello debo tomar mi elección con ligereza.

Tras un momento de silenciosa evaluación, Elena se decidió por las dalias rosadas.

—¿Y a quién deseas impresionar con tanto esmero? —inquirió la joven.

—No se trata de impresionar —respondió la baronesa, colocándolas con delicadeza en su canasta.

—¿Entonces?

—Cariño, la elección puede parecer fácil, pero no lo es. He escogido las dalias porque quedarán preciosas en el jarrón; los crisantemos estarían bien, pero tal vez desentonen con el ambiente de la cena. Son flores de exhibición, y quiero que esta noche todo se vea perfecto.

Elena dejó los guantes y las tijeras de podar a un lado tras terminar la cosecha. Acto seguido, le hizo un gesto a la señora Davies para que se llevara la canasta; ella sería la encargada de arreglarlas en el comedor. Una vez que quedaron solas en la tranquilidad del jardín, Brianna se aventuró a romper el velo de las indirectas.

—¿Creen que Kieran será «perfecto» para mí?

Su madre dejó de sonreír. Se acercó a ella y extendió la mano para acariciarle la mejilla con una ternura inusual.

—Como diría tu padre, eso debes considerarlo tú, querida hija. Es lo que has deseado, ¿no? —repuso antes de recuperar su tono práctico—. Ahora ve a arreglarte; tenemos un invitado a cenar.

—¿Al señor Callaghan? —preguntó Brianna con un sarcasmo impostado, luchando por ocultar sus ansias de confirmación.

—Así es —asintió su madre, marchándose con una sonrisa triunfante.

Brianna respiró profundo, tratando de desentrañar la metáfora de las flores. Llegó a la conclusión de que no importaba si *ambas* opciones eran hermosas; lo único que contaba era cuál de las dos encajaba mejor en el comedor de los Harper.

Lanzó un chasquido de lengua, frustrada al sentir que estaba perdiendo su poder de disuasión. Todo, aparentemente, empezaba a funcionar según el plan de sus padres, lo que le generaba una duda punzante: ¿de qué habían servido sus años de escándalos? Aquellas transgresiones la hacían esquiva a los matrimonios *convenientes*, pero, en el fondo, ella solo buscaba uno que fuera acorde a sus *ideales*.

Sin embargo, se halló estrellándose contra una pregunta fundamental: ¿cuál era ese ideal? ¿Estaba ligado al amor o al dinero? El primero le implicaba renunciar a su posición; el segundo, sacrificar sus sentimientos. Suspiró de nuevo, sintiéndose turbada por su propia dilación. Era como si de repente comprendiera que llevar el mote de «mujer escandalosa» era, al fin y al cabo, como hacer una pataleta bajo el agua: un esfuerzo frenético que todos confundían con un simple intento por mantenerse a flote.

Aquella deducción la hizo reír por lo bajo; le resultaba tan alocada como las metáforas botánicas de su madre. Sacudió aquellos pensamientos y se apresuró hacia su habitación. De repente, la emoción por la cena la embargó, porque necesitaba a esa persona para empezar a aclarar su propia confusión.

Pasó la tarde frente al espejo, debatiéndose sobre el color del vestido. Siguiendo la extraña lógica de su madre, eligió finalmente una seda en tono verde musgo. El color resaltaba la palidez de su piel y la determinación de su mirada, sabedora de la impresión que causaría en su elocuente y temperamental prometido.

Capítulo 17

Un contrincante en la mesa

Cuando Brianna bajó al comedor, el aroma a madera encerada la recibió junto al murmullo de las voces masculinas. Bajo la intensa luz de los candelabros de plata, August y Kieran mantenían un serio debate sobre el comercio de granos, que cesó en el acto al notar su presencia. El tiempo pareció detenerse, y con él, todas las miradas se clavaron en ella.

Kieran permanecía de pie junto a la chimenea. Vestía una levita oscura conforme a la más estricta etiqueta, una prenda que le confería una elegancia tanto llamativa como peligrosa. Brianna tuvo que admitir que, a pesar de su tosquedad intrínseca, aquel hombre sabía moverse entre la nobleza con la misma destreza que sobre un brioso semental.

Inspiró profundamente para recuperar el aliento; era ella quien pretendía sorprenderlo, pero el efecto parecía habérsele vuelto en contra.

—Parece que la puntualidad se está convirtiendo en un «defecto» recurrente en mi querida hija —mencionó su padre, provocándole a Brianna una tos involuntaria.

Kieran se volvió hacia ella esbozando una sonrisa. Sus ojos recorrieron el vestido verde con una lentitud tan deliberada que a ella volvió a faltarle el aire. Trató de recobrar la compostura apoyándose en el chiste de su padre, quien recordaba con ironía cómo Brianna solía convertir su falta de puntualidad en una forma de protesta.

Una vez recompuesta, mantuvo el mentón en alto.

—Tal vez la ocasión lo amerite —repuso, caminando hacia Kieran. Se detuvo frente a él y le dedicó una leve inclinación—. Milord.

El salón quedó en un silencio expectante hasta que Elena aplaudió, llamando la atención de todos con un júbilo casi teatral.

—No solo ha recobrado la puntualidad, sino también los buenos modales —exclamó la baronesa—. ¿Por qué no pasamos al comedor? Mi marido y yo deseamos que lord Callaghan se lleve la mejor impresión de nuestra casa.

—Mi dulce Elena tiene razón —secundó August—. No todas las noches tenemos a un buen irlandés sentado a nuestra mesa.

Brianna frunció el ceño ante la expresión de su padre, que le recordó con un deje de amargura la metáfora de las flores de su madre: Kieran era, para ellos, otra cómoda pieza de exhibición. Se fijó en el irlandés esperando encontrar algún atisbo de disgusto por el comentario, pero él se limitó a inclinar la cabeza, dibujando una línea recta y hermética con sus labios.

Con un gesto de la mano que rozaba la irreverencia, Kieran le indicó que marchara adelante. Sus padres ya se habían adelantado para ocupar sus lugares; aquella noche serían solo ellos cuatro, lo que significaba que Anne tomaría su cena en el dormitorio para no interferir en la «alianza».

—Después de usted —dijo él, al notar que ella no se movía.

—¿Es que no le molesta nada de lo que ellos digan? —le susurró

ella.

—¿Sigue buscando grietas en esta sociedad, lady Brianna?

—No dejaré de hacerlo, lord Callaghan —adujo ella, esperando a que él diera el primer paso.

Cuando Kieran avanzó con las manos entrelazadas a la espalda, ella caminó a su lado imitando su postura. Él se ladeó ligeramente, dedicándole una sonrisa con un matiz jocoso que, por primera vez, le resultó genuina.

—Espero que estos días... hayan sido provechosos para sus estudios —dijo él mientras se acercaban a la mesa, donde Elena dirigía con rigor el desfile de los primeros platos.

—Lo han sido, milord —mintió ella sin parpadear—. Pero he descubierto que algunas lenguas son tan tercas como quienes las hablan.

En esta ocasión, Kieran esbozó una sonrisa mínima, casi imperceptible, que Brianna identificó de inmediato como un canto de victoria.

—Eso es porque aún no ha comprendido que, para entender ciertas lenguas, no hace falta un diccionario, sino buena voluntad —repuso él cuando se detuvieron frente a sus asientos.

Acto seguido, le retiró la silla. Brianna le obsequió un gesto de apreciación como agradecimiento, consciente de la curiosidad palpable con la que sus padres los observaban. Una vez sentada, él ocupó su lugar justo enfrente.

Al verlo allí, Brianna sintió que, por primera vez, tenían a un invitado bastante singular y que distaba de ademanes ensayados. A su mente acudió la imagen de un enorme león sentado ante una delicada y minúscula mesa de té. La idea la hizo sonreír; bajó el rostro riendo recatadamente, pero tuvo que levantarlo ante el carraspeo de su padre, quien presidía la mesa con la satisfacción del

hombre que cree haber domesticado el caos de su hogar.

Entonces lo encontró a él: Kieran observaba la porcelana de Meissen de su madre con un desdén que la hizo estremecer. Resultaba evidente que Elena había ordenado sacar la cubertería de plata labrada y los manteles de hilo reservados para visitas de Estado.

Brianna comprendió entonces que aquella cena no era solo una atención para agradarlo, sino un riguroso examen de civilización.

Capítulo 18

La guerra de los granos

La cena comenzó bajo la atenta vigilancia de lady Harper, quien observaba el intercambio de miradas entre ambos con una mezcla de triunfo y sospecha. El tintineo de los cubiertos de plata contra la porcelana de Meissen era el único sonido que competía con la vibrante tensión entre Brianna y Kieran; una cuerda que se tensaba hasta tal punto que amenazaba con romperse ante el más mínimo suspiro.

—Espero que el rodaballo sea de su completo agrado, lord Callaghan —dijo su madre, quebrando el silencio con una sonrisa radiante.

—Elena tiene razón. En Burford nos enorgullecemos de nuestro Windrush, un río apto para la buena pesca —secundó su padre.

Kieran dejó el cubierto sobre el plato con una precisión que sorprendió gratamente a Brianna. Con el avance de la cena, ella se convencía de que aquella noche estaba frente a un caballero de modales intachables, y no era la única en notarlo.

—Sin duda está exquisito, lady Harper. Pero he de alardear que en nuestro Blackwater también se puede pescar un excelente

salmón —respondió él, antes de desviar su mirada de inmediato hacia Brianna—. Aunque admito que, a veces, los manjares más refinados carecen del carácter que se encuentra en lo silvestre. ¿No está de acuerdo, lady Brianna?

—Tengo que darle la razón; jamás en la vida me había sentido tan cautivada por un sencillo ramillete de cardos —soltó ella con sarcasmo, arrancando risas forzadas de sus padres.

—Que mi hija acepte cardos en vez de rosas es un indicio de que vamos por buen camino —arguyó su madre, provocando que los jóvenes se miraran con una intensidad renovada.

Brianna apretó el tallo de su copa, sintiendo que el «aire» de la pradera volvía a colarse con fuerza en el comedor.

—Yo creería que solo estamos congeniando un poco —repuso Kieran con seriedad.

—¡Quién lo diría! Eso amerita un buen brindis —festejó August, rompiendo la conexión de sus miradas y obligándolos a alzar las copas.

Brianna observó el jerez en su cristal, apenas la mitad de lo que se le permitía beber en casa, mientras que el licor de Kieran y su padre brillaba con un dorado intenso. Meditando en ello, decidió lanzar el dardo que había estado afilando durante días.

—He seguido su recomendación, milord —soltó, captando la atención inmediata de su padre.

—¿Y qué descubrió? —preguntó Kieran, mientras el barón y la baronesa los miraban de hito en hito.

—¿Podemos saber a qué recomendación te refieres, Brianna? Quizá también nos interese —intervino August.

Kieran apretó los labios antes de fijarse en el barón, pero Brianna se adelantó antes de que él pudiera mediar palabra.

—El asunto trata sobre el comercio de granos del Ulster, padre.

La información hizo que August frunciera el entrecejo, mirando a Kieran con un recelo repentino.

—Creí que sus tierras no estaban en el norte —manifestó el barón.

—No lo están, pero tengo parientes allí —respondió Kieran con brevedad.

—Para responder a su pregunta, milord —continuó Brianna, ignorando la advertencia en el rostro de su padre—, he leído que en el Ulster prefieren exportar su trigo a Londres antes que alimentar a sus propios campesinos.

—¡Brianna! —exclamó August, forzando una risa nerviosa hacia su invitado.

—Querida, no creo que ese sea un tema adecuado para esta cena —advirtió su madre con una calma tensa.

—¿Por qué no? Tengo derecho a conocerlo todo sobre mi prometido. ¿O no pensaron en las consecuencias de haberlo traído desde tan lejos?

—Tiene razón —la voz de Kieran se alzó firme, acallando la silenciosa protesta de la baronesa—, pero ese es el peso de una corona que aprieta el cuello de quien cultiva la tierra. El grano no se va por voluntad, lady Brianna; se va por decreto. Lo único que nos queda es intentar que se pague un precio justo por el sudor de nuestra gente.

—¿Y supongo que mi padre ha contribuido a ese «precio justo»? —atacó ella—. De otro modo, no tendría sentido todo este teatro.

—Brianna, por favor... —rogó su madre.

—Lord Callaghan está interesado en comprometerse conmigo para salvar sus graneros, padre. Ya me ha quedado claro —sentenció ella.

Aunque aparentaba molestia, en el fondo Brianna sentía la

adrenalina de la batalla. Kieran le había lanzado un desafío y ella estaba respondiendo golpe por golpe. Necesitaba descubrir la verdad detrás del hombre sentado a la mesa de quien representaba aquel sistema que asfixiaba a su pueblo.

Elena se aclaró la garganta y miró a todos con una sonrisa impostada pero inquebrantable.

—Creo que es hora de servir el postre —anunció, dando por finalizado el asalto.

Capítulo 19

La seducción del norte

—Me da la impresión de que la comida que preparé con tanto esmero para nuestro invitado te está causando un daño estomacal —sentenció lady Harper.

Brianna resopló con sorna ante las conjeturas de su madre. Se hallaban en la cocina disponiendo los platos del postre para cerrar una velada que había resultado un tanto accidentada debido a su perspicacia.

—No digas sandeces, mamá.

—Eso mismo digo yo, querida. Pareces empeñada en provocar una nueva revolución.

—Ya hay una muy cerca: *Liberté, Égalité, Fraternité* —arguyó Brianna descolocándola.

Hizo que la baronesa entornara la mirada ante su perfecta pronunciación francesa.

—No repitas eso —la riñó—. Y vamos, espero que este delicioso budín de verano termine por endulzar esta noche tan amarga.

—Si no sucede es porque tal vez debiste preparar un postre más otoñal.

Elena arrugó el ceño con su sátira, azuzándola de inmediato para que llevara la bandeja de plata con la porción destinada a su prometido. En el fondo, dudó que fuera un hombre que se dejara endulzar con facilidad. Al entrar en la biblioteca, encontraron a Kieran y a August enfrascados en una seria conversación sobre caballos.

Madre e hija dispusieron el dulce y se sentaron a comer. Brianna suspiró profundamente al notar la mirada amenazante de Elena; la baronesa parecía dispuesta a impedir que su hija pronunciara una sola palabra más, que iniciara un nuevo debate «incendiario» —según sus propias conjeturas—, asintiendo y riendo con complacencia ante la oratoria de su esposo hasta que llegó la hora de despedir a la visita.

Sin embargo, Brianna no estaba dispuesta a irse a la cama sin hablar de nuevo con Kieran. Durante el postre, solo había podido observarlo en silencio, pues cada vez que intentaba abrir la boca, su madre la esquivaba con una implacable elegancia. La oportunidad surgió de forma inesperada: August comenzó a sentirse indispuesto del estómago y Elena tuvo que socorrerlo, dejando a Brianna al frente de la despedida.

—Trata de comportarte —le advirtió Elena antes de retirarse junto a Anne, tras haberla llamado por ayuda.

Una vez que se hubieron marchado, Brianna soltó una risa contenida.

—¿Le hace gracia que su padre se enferme? —preguntó Kieran, tomando su sombrero de fieltro.

Brianna notó que en la cinta llevaba atada una pequeña hoja de trébol seca.

—De ningún modo —respondió ella recomponiéndose. Aunque se esforzaba por conocerlo a fondo, odiaba admitir cuánto le

gustaba fijarse en esos pequeños detalles—. Lo acompaño.

Sin más demora, guio a Kieran por el pasillo hacia la salida. El eco de sus pasos era el único sonido que rompía el monótono silencio en que había quedado la casa.

—¿En serio le resultó interesante mi recomendación? —preguntó él, reabriendo la conversación.

—¿Cree que me inventé lo que dije en la mesa?

—No es lo que creo.

—¿Entonces? —lo encaró al detenerse en el vestíbulo.

Su siguiente movimiento la hizo retroceder hasta toparse con el tapiz de la pared. Kieran bajó la mirada hasta encontrarla con la suya.

—Es agradable ver que se lo toma en serio —dijo él, haciéndole soltar un chasquido, irritada por la evidente superioridad corporal del hombre.

La joven se retrajo de manera instintiva cuando Kieran invadió su espacio de forma casi deliberada, acorralándola contra la pared.

—¿¡Qué hace!? —preguntó ella, abriendo los ojos de par en par.

—Solo le doy mi respuesta —repuso él, alzando sus anchos hombros.

Brianna tragó saliva con fuerza, negando levemente con la cabeza.

—¿Está tratando de intimidarme? Espero que sepa que, aunque sea pequeña, no soy fácil de amedrentar. —Su respuesta le sacó una convulsa risa.

—No creo que lo sea. Es solo que soy muy alto —se ufanó él, arrancándole a ella un resoplido de indignación, frunciendo la mirada.

—¿Todos los irlandeses son tan engreídos como usted?

—No diría engreídos, lady Brianna. Más bien, somos orgullosos

—declaró él con firmeza.

Ella se quedó mirándolo. No era la primera vez que lo hacía, pero sintió que, con cada encuentro, la impresión que le causaba era distinta. Sobre todo cuando la provocaba.

—No pretendía atacarlo en la mesa —confesó con un bajo refunfuño—. La verdad es que el comercio de granos en el norte no es un asunto menor. Si me dice que el dinero que espera obtener de mi dote es para ayudar a conseguir un precio justo para su gente... le juro que le creeré.

Su conjetura causó que Kieran ensanchara la mirada, con la llama de los candelabros danzando en sus pupilas.

—¿Quiere que admita que hago esto por un dinero que cubrirá una necesidad mayor? —la inquirió él.

Brianna volvió a tragar saliva despabilándose, al notar que el rostro de Kieran estaba demasiado cerca, provocándole un espontáneo y ardiente sonrojo en sus mejillas. Él se había inclinado, doblando su imponente estatura para quedar a la altura de ella. En ese momento, Brianna se sintió doblegada por una sensación mucho más poderosa que su propia rebeldía.

—Yo...

Las palabras murieron en su garganta cuando Kieran colocó un dedo largo sobre sus labios, acallando cualquier argumento restante. Presa de una emoción embriagadora por la áspera yema que le presionaba, el corazón de Brianna se saltó un latido, y por un instante creyó que él la besaría. Pero solo fue un ademán; él volvió a erguirse, dejando a Brianna con el ceño fruncido y una decepción que se reflejaba en su rostro como en un espejo.

—Dejaré que medite su respuesta —dijo él, encaminándose hacia la puerta, provocando que soltara de golpe el aire contenido en sus pulmones.

Salió a la noche en busca de su caballo, dejándola atrás con el corazón recobrando su ritmo de forma frenética y latiéndole a mil por hora.

Capítulo 20

Un carácter insobornable

«¿Qué diantres trataba de hacer?», se recriminó Kieran en cuanto desmontó de su caballo y se apresuró al interior de la villa donde se hospedaba.

Sean, su empleado, apareció para ayudarle a quitarse la levita y recibir su sombrero, notando de inmediato la tormenta que su señor traía en la mirada. Fue él quien colocó la hoja de trébol seco en la cinta y que llamó la atención de Brianna.

Kieran lo pasó por alto, en el fondo le alegraba que ella reparara en esos pequeños detalles.

—Sírveme un trago —gruñó al entrar en la sala.

—Ah, señor...

—Que sean tres —interrumpió la voz demandante del alcalde Lucius Bronwick.

El hombre se puso en pie desde el sillón donde lo aguardaba en compañía del señor Dale, a quien Kieran había vencido recientemente en la carrera. Este último lo observaba con el ceño fruncido y una envidia poco disimulada.

—¿Quieres explicarme esto? —increpó Kieran a Sean, ignorando

a los presentes.

—Lo estábamos esperando, milord —manifestó Bronwick con suficiencia.

—Eso es evidente, tanto como la razón por la que permitieron que entraran en mi casa sin invitación —masculló Kieran. No le agradaba ninguno de los dos; olían a rancio poder local.

—Eso se debe a que no hay puerta que se me cierre en toda esta región, Callaghan —alardeó el alcalde.

—¿Qué es lo que quiere?

—Hablar de negocios —le respondió, aprensivo.

Sin perder tiempo, Albert Dale colocó sobre la mesa una pesada bolsa de monedas que aterrizó con un tintineo metálico y rotundo.

—Con esto será suficiente para que se marche, ¿verdad? —Dale lanzó sus palabras como puntiagudos dardos.

Kieran alzó las cejas. Le sorprendió, casi gratamente, que ninguno de los dos anduviera con rodeos. En ese instante, no supo si alegrarse de tratar con gente cuyas intenciones eran tan transparentes como el agua o si debía preocuparse por no poder descifrarlas, tal como le sucedía con Brianna; aquella mujer a la que se prometió no tocarle ni un cabello y que, para su desgracia, le estaba costando un esfuerzo sobrehumano mantener la distancia.

Pese a su dilación, no pudo evitar regodearse en ese recuerdo.

—Recojan su dinero y lárguense —masculló con un humor sombrío.

—Hay cincuenta mil libras aquí. Veinte mil más de las treinta mil que el barón le ofreció por hacerse cargo de su deshonrosa hija —insistió Lucius Bronwick, prescindiendo de cualquier sutileza.

—¿Tiene razones para afirmar tal cosa? —inquirió Kieran, sintiendo cómo la sangre empezaba a hervirle. Cerró su puño haciendo traquear sus nudillos.

—De sobra —soltó Dale con sorna, de quien no se dudaba que ya hubiera intentado cortejarla de forma infructuosa.

Admitió que tanto lady Harper como él eran indomables a su manera. Ambos hombres soltaron una risa burlona. A Kieran le resultó irritante que hubieran reunido semejante suma solo para sacarlo del camino. Comprendió que, más allá del mal comportamiento de la muchacha, lo que les escocía era que un irlandés —proveniente de una tierra a la que ellos desangraban— terminara quedándose con la heredera de los Harper.

Entonces fue el turno de Kieran para reír, mofándose de lo ridículo que le resultaba la situación.

—No quiero su soborno. Tampoco tengo un trato con el señor Harper sobre el que les interese especular. Estoy interesado en su hija y eso es lo único que me importa, pese a los rumores.

—No mienta, conocemos su necesidad —arguyó Lucius, haciendo que Kieran entornara la mirada con fijeza.

—¡Largo! —bramó con una fuerza que hizo vibrar los cristales de la sala, y poner en guardia a su fiel sirviente.

—Se arrepentirá si no lo hace —ladró Dale, cuya inquina parecía alimentada por la humillación de la carrera perdida.

«Si buscan a un irlandés, lo encuentran», se alabó con diversión para sus adentros.

—He dicho mi última palabra.

—Podría regresar a su isla con las manos vacías, solo piénselo —agregó el alcalde en tono de amenaza.

—Ese será mi problema —dictaminó Kieran, provocando un resoplido de disgusto en sus interlocutores.

—Supongo que los irlandeses son tan tercos como sus animales —farfulló Bronwick con displicencia.

Kieran, lejos de ofenderse, sonrió dándose por aludido.

—La terquedad, a veces, puede parecer una rara virtud si lo que se desea es hacer una buena elección.

Lucius y Dale lo miraron sin comprender la profundidad de sus palabras. Kieran las había pronunciado pensando en Brianna, de quien ya no creía que hiciera nada por simple capricho.

—Sandeces —escupió Bronwick.

Kieran llamó de inmediato a su sirviente, quien apareció sin demora.

—Sean, enséñales la salida a estos ilustres caballeros.

—No se preocupe, ya la conocemos —ladró Bronwick.

—La próxima vez, anuncien su visita con antelación —añadió Kieran.

—¿Cree que habrá otra? Piense que ha echado por el caño una oportunidad de oro —insistió el alcalde en un último intento por marcar su autoridad.

El gesto le resultó irrisorio. Aquellas patrañas solo le confirmaban una cosa: el barón Harper buscaba crear un escándalo que eclipsara todos los anteriores de su hija, y lo había logrado en menos del tiempo pactado. Esto amenazaba que su estadía de tres meses quizá se redujera a mucho menos.

Ese hecho lo fastidió.

—Lo tendré en cuenta —dijo, plantándose frente a ambos.

Se dio el gusto de encararlos desde su superioridad física, ensombreciendo la mirada hasta mostrarse absolutamente inflexible e intimidante. Con tal despliegue innato de autoridad, los dos hombres no tuvieron más remedio que retirarse de inmediato, escoltados por Sean.

Kieran se quedó allí, con el eco de los pasos desvaneciéndose en el pasillo. El silencio que siguió era pesado, cargado con el aroma del tabaco caro impregnado en las solapas del alcalde y la amargura de

Dale por un soborno rechazado. Se acercó a la ventana, observando cómo los dos caballos se alejaban a toda prisa, perdiéndose en el camino iluminado de forma precaria por faros cuyas lumbres de velas de sebo empezaban pronto su agonía hasta ser consumidas por la noche.

Meditó en las cincuenta mil libras, mientras se sirvió un trago de Bushmills. Una fortuna que podría haber salvado sus tierras sin necesidad de tratar con el orgullo de los Harper. Pero al beber su trago, Kieran se dio cuenta de que lo que le quemaba por dentro no era la ambición, sino la forma en que esos hombres hablaban de Brianna, llamándola «deshonrosa» como quien etiqueta una mercancía defectuosa.

El meollo era que nadie sospechaba que, tras esa fachada rebelde, se escondía una mente brillante y asertiva, capaz de cuestionar al mismo imperio, y esto lo fascinaba.

—Parece que ha despertado a un nido de avispas, milord —comentó Sean, regresando a la estancia.

—Debe ser porque las avispas solo pican cuando temen perder su panal, Sean —repuso sin apartar la vista de la oscuridad exterior —. Es obvio que estos hombres temen que un irlandés les arrebate lo que creen que les pertenece por derecho de nacimiento.

Kieran de inmediato pensó en el dedo que había puesto sobre los labios de Brianna apenas una hora antes. Respiró hondo, todavía podía sentir el calor de su aliento que lo dejó extasiado y lo obligó a huir antes de cometer una locura sin retorno a la cordura.

Capítulo 21

Un nuevo presagio

Al día siguiente, en la mansión Harper, Brianna despertó con una consternación que no le había permitido conciliar el sueño. Su mente iba y venía sobre el mismo pensamiento, atrapada en un bucle que le pareció infinito. Se sentó en el borde de la cama y observó su vestido; la seda color verde descansaba sobre la silla, pero su espíritu seguía anclado en aquel vestíbulo, reviviendo la forma en que Kieran se había inclinado sobre ella, empequeñeciendo su mundo con su sola presencia.

Por un instante, le aterró descubrir que su «pataleta bajo el agua» ya no era un esfuerzo para mantenerse a flote, sino una lucha para no ahogarse en la mirada de un hombre que, lentamente, la había ido hechizando con una magia de tierras tanto *lejanas* como ancestrales. Suspiró profundo, admitiendo que la respuesta que buscaba ya no estaba en la traducción del *gaélico* de su libro, sino en una voluntad que, por primera vez en su vida, cedía ante un fuego incontrolable.

Aunque Kieran no había impuesto límites ni fechas a su decisión, Brianna celebró con ironía la excesiva confianza del irlandés en que

la obtendría pronto. Poco después, el suave golpe de Alice en la puerta le indicó que era hora de abandonar el refugio de su habitación.

Al bajar al comedor, luciendo más serena, se encontró solo con su madre y la señora Davies, brillando por la ausencia su progenitor.

—¿Y padre? —preguntó al tomar asiento, agradeciendo con un gesto a Alice mientras esta rellenaba su taza de té matutina.

—Salió muy temprano —respondió Elena.

Brianna aspiró el aroma relajante de la lavanda y bebió un sorbo.

—Es bueno saber que su malestar de anoche no era grave.

—Espero que no desees ver postrado a tu pobre padre —resopló su madre con mirada inquisidora.

—Cielos, madre. Jamás le he deseado nada semejante.

—Eso espero, queridita; sobre todo ahora, con el éxito de tu compromiso, que está en todas las bocas de la ciudad —festejó la baronesa, riendo en confabulación con la señora Davies.

Brianna les arrugó el ceño a ambas, sintiendo una punzada de alarma que le hizo poner la mirada en blanco por lo hilarante que eso le resultaba. La sensación era de haber echado en un saco roto todo su esfuerzo, gracias a la simple aparición de Kieran.

—Debe ser una broma —bufó, renegando de su extraña y nueva realidad.

—Para nuestra suerte, no lo es.

—Supongo que debo esperar al siguiente baile para comprobarlo por mí misma.

—Ni sueñes con que volverás a hacer de las tuyas. Ya no es necesario —la increpó su madre.

—Que ustedes me hayan «importado» un marido no significa que yo esté perdiendo mis ideales —replicó ella con firmeza.

—Ya basta, Brianna. Tus ideales solo deben cimentar las bases

del hogar que construyas. ¿Estará de acuerdo conmigo, señora Davies?

Brianna refunfuñó ante su búsqueda de apoyo, creyendo que era el peor lugar, considerando que Anne era viuda.

—¿Imagino que la señora Davies está pensando en buscarse un nuevo marido? —lanzó su hilarante pregunta, en forma de azucarado dardo, haciéndola resoplar.

—¿Cómo crees, Brianna?, ya he considerado que he quemado esa etapa —adujo esta, sonriendo un poco nerviosa.

—El punto está en que aún no has quemado la tuya —prosiguió su madre.

—¿Y si mi único deseo es ser una mujer independiente?

—En ese caso, lo serás tanto como te lo conceda tu marido —respondió Elena, dejando a su hija con la mandíbula desencajada, con una sentencia de sometimiento que para ella ya bordeaba el absurdo.

Brianna puso los ojos en blanco para ocultar su frustración y desvió la mirada hacia una invitación que reposaba sobre la mesa.

—¿Hay una función de teatro? —preguntó, tomándola entre sus manos.

—Así es.

—¿Es en Oxfordshire?

—¿Y qué importa el lugar? Será una excelente oportunidad para visitar el Covered Market. Tu padre necesita una nueva casaca roja para la próxima cacería de zorros.

—Creí que ya había acabado con todos los zorros del condado en la temporada pasada —arguyó Brianna, sin rastro de discreción.

—Cariño, es una iniciativa del alcalde Bronwick en honor a su futuro yerno. Ya sabes que a los hombres les encanta festejar con deportes de alto impacto; además, ayuda a proteger los cultivos y

los campesinos lo agradecen.

—Supongo —admitió ella con desgana—. ¿Y el señor Callaghan está invitado?

—Sin duda. De hecho, todos esperan comprobar qué tan hábil es en la cacería.

—En ese caso, ya ha demostrado que es el mejor jinete de la región —se mofó Brianna.

—Y es un orgullo para tu padre, quien se ganó todas las apuestas gracias a él.

—¿Solo padre apostó por él?

—Indudablemente. ¿Qué esperabas?

—¿Y el resto por quién lo hizo? —preguntó, luego imaginó que la respuesta era evidente, dado que Kieran era un advenedizo.

—Por Albert Dale, el protegido del alcalde, como era de esperarse. Lo que hizo que el final de la carrera fuera... sumamente interesante, ¿verdad, querida?

La certeza en las palabras de su madre la incomodó. Brianna recordó cómo había gritado animando a Kieran para que ganara, impulsada por las deleznables palabras de Colette, aunque en el fondo sabía que el irlandés no necesitaba ningún empuje emocional. Meditó en que Kieran les habría ganado incluso cabalgando con los ojos vendados sobre su semental.

Sin embargo, meditó en que la cacería era un deporte de otro nivel. Allí no bastaba con ser un gran jinete, porque entraban en juego otros ingredientes que no eran propios solo de los caballeros: la astucia, la sangre fría y hasta las alianzas para conseguir la presa deseada.

Capítulo 22

El bárbaro y la heredera

La entrada en la ciudad de Oxford fue marcada por el estruendo de los cascos de los caballos contra el empedrado. Mientras atravesaban las calles, Brianna contemplaba fascinada la arquitectura gótica que se alzaba bajo los faroles recién encendidos.

Esta contrastaba grandemente con la calle más pintoresca y representativa de Burford, que desembocaba en el río Windrush, del que se vanagloriaba su padre.

—Vamos, querida, cambia esa cara. Esta noche volverás a estrenarte en sociedad y es tu deber dar una buena impresión —la instó su madre mientras descendían ante la casa donde se hospedarían durante el fin de semana.

Fueron recibidos con la eficiencia del personal que August mantenía para sus eventuales visitas a la ciudad; en especial, aquellas que estaban destinadas al teatro.

—¿Y si no quiero ir? —porfió Brianna, encaminándose a su habitación.

—Deja de ser tan mimada y ve a cambiarte —le ordenó Elena como si fuera una niña, dirigiendo una mirada significativa a Alice

para que la escoltara.

Brianna hizo una mueca antes de encerrarse en su dormitorio con vistas a la bulliciosa calle. Apenas entró, se refugió en la ventana.

—¿No está emocionada por venir, señorita? —le preguntó Alice mientras organizaba el equipaje.

—¿Se me nota? —replicó ella con ironía.

Alice negó con la cabeza, esbozando una pequeña sonrisa.

—Tal vez solo le inquieta no ver al señor Callaghan.

—¡Por qué dices eso! —exclamó Brianna, espantándose de su propia reacción defensiva.

Alice se retrajo, haciéndola sentir un poco culpable por su irascibilidad.

—No... no intentaba molestarla, milady.

Brianna suspiró con fuerza, obligándose a mejorar su humor. Quizá su doncella tenía razón. No había visto a Kieran desde la cena y temía que los chismes sobre aquel encuentro hubieran corrido más rápido que su próximo reencuentro. Sabía que él se hospedaba en una zona desde la cual podría haber llegado a su casa con un simple trote de caballo.

Luego recordó que era él quien esperaba una respuesta, aunque, en su distracción, se descubrió incapaz de recordar cuál había sido la pregunta exacta. Aquel olvido la hizo sonreír para sus adentros.

—Tienes razón —dijo, mirando a Alice.

—¿Lo dice por... la ausencia de lord Callaghan? —preguntó la doncella, atolondrada.

—No. Lo digo porque ya era hora de ver una obra que no sea aburrida —sentenció, decidida a disfrutar la noche a su manera—. Ayúdame a elegir el vestido.

—Con gusto, señorita —aplaudió Alice.

Tras rebuscar entre el equipaje, descubrió que su madre se había asegurado de que luciera regia. Se debatió entre un beige discreto y un azul profundo, pero finalmente escogió la muselina color crema. Fiel a su espíritu rebelde, apreció ante el espejo el corte justo bajo el pecho y el escote cuadrado, que dejaba caer la tela en una línea recta y fluida hasta sus pies.

Se calzó los guantes largos de cabritilla y se envolvió en el elegante chal de cachemira. Por último, Alice le abrochó el collar, un obsequio de su madre.

—¿Me veo bien? —preguntó con una inusual parsimonia.

—Usted siempre se ve hermosa, milady.

—Ahora esperemos que la obra esté a la altura —mencionó, recordando el título: *El bárbaro y la heredera*. Aquel detalle la había hecho detestar la idea de asistir, pero, paradójicamente, terminó siendo lo que más la animaba.

Al bajar a la sala, sus padres y una elegante señora Davies ya la aguardaban.

—Veo que por fin te decidiste a lucir el collar que te regalé —manifestó Elena, arreglándole un mechón que escapaba de su tiara.

—Debe ser porque lo metiste en mi valija a propósito —soltó Brianna jocosa, arrancándole una risa socarrona a su madre.

—Te queda perfecto. Ya verás como todos lo envidian esta noche.

—Dudo que pase —añadió, poniendo los ojos en blanco.

—Damas, es hora de marcharnos —las apremió su padre, Brianna suspiró hondo, obedeciéndolo sin rechistar por primera vez.

Al llegar al Sheldonian, la luz de las antorchas creaba una atmósfera de claroscuro que dibujaba sombras largas bajo el pórtico. Al bajar del carruaje, Brianna se sintió observada. El frío de Oxfordshire le mordió las mejillas, obligándola a ceñirse el chal sobre

los hombros.

Mientras su padre caminaba insuflado de orgullo, saludando a los conocidos, ella buscó entre la multitud una sola figura: la de aquel irlandés imponente que resaltaría con su solo exotismo entre las levitas negras y los sombreros de copa.

Sonrió tonta, al imaginar que aparecería por allí. Sintió una punzada de desazón al constatar la realidad y, por un momento, se sintió fuera de lugar. Estuvo a punto de dar media vuelta para regresar al carruaje, pero al intentarlo, se topó de frente con la silueta materializada del hombre que buscaba.

Kieran lucía una extraña combinación entre la elegancia formal y la rusticidad de su sombrero de fieltro negro, con la hoja de trébol como un tributo —o insulto silencioso— a la sofisticación inglesa. Su presencia bastaba para que el resto de los caballeros parecieran simples maniquíes de sastre.

Capítulo 23

Un encuentro bajo la luna

Brianna contuvo el aliento, sintiendo que el destino le reía en la cara justo cuando estaba a punto de darse por vencida. Nunca había sido mujer de agüeros, prefiriendo siempre labrarse su propia suerte, pero allí estaba, mirándolo fijamente mientras el aire frío de la noche se volvía denso y palpable.

Suspiró, intentando que el movimiento de su pecho no delatara la agitación que le producía tenerlo cerca bajo la luz vacilante de las antorchas, que acentuaba la dureza de su mandíbula.

—No sabía que vendría —logró decir, manteniendo el tono firme mientras él le clavaba la mirada.

—¿Le disgustó mi aparición repentina?

—¡No es eso lo que trato de decir! —exclamó ella, ruborizada.

—¿Entonces debo asumir que la he sorprendido de forma grata? —insistió él, arrancándole un resoplido de indignación.

—¿No cree que está dándose demasiada importancia, señor Callaghan?

Kieran torció los labios en una sonrisa mientras la recorría con la mirada desde la coronilla hasta los pies. Sus ojos viajaron por la

muselina crema de su vestido con una lentitud que hizo que Brianna se sintiera más desnuda que cubierta. Ella soltó un chasquido de irritación y puso los ojos en blanco.

—El color le sienta bien. Casi parece... inocente.

—¿Era eso lo que iba a decir tras examinarme como a una yegua en el mercado?

Kieran soltó una risa amplia y genuina.

—Es un cumplido. Supongo que no está acostumbrada a recibirlos.

—Tampoco me hacen ninguna falta.

—Ya lo creo, lady Harper.

Brianna estaba a punto de añadir una réplica ácida, cuando fueron interrumpidos por el alcalde Bronwick, su esposa Ethel, Colette y el señor Dale.

—Oh, qué grata sorpresa. Había imaginado que la señorita Harper aborrecía lugares tan cultos —manifestó Ethel con un humor negro que pretendía ser refinado.

Brianna frunció los labios. Lejos de aborrecerlos, pensaba que el teatro era el mejor de los escenarios, pero la presencia de Kieran marcaba una diferencia que antes no le preocupaba.

—Veo que ser displicente es sinónimo de etiqueta en este lugar —intervino Kieran, con la mirada fija en Lucius.

Ethel sonrió con nerviosismo ante el puntiagudo dardo del irlandés.

—De ningún modo, lord Callaghan. Supongo que la realidad a veces resulta un poco ofensiva —repuso la mujer.

—Mi querida Ethel tiene razón —añadió el alcalde—. Es una suerte para usted llevarse una joya tan preciada, aunque esté a punto de encarecer su valor.

Acto seguido, Lucius instó a su esposa a seguir adelante. Colette

apenas miró a Brianna, regodeándose del brazo de un Albert Dale que solo dedicó una mirada de soslayo a Kieran.

—Parece que las apariencias son el único lenguaje que se habla en este recinto —replicó Brianna cuando se quedaron solos.

—¿Le molestaron sus palabras? —le preguntó él de repente, tomándola por sorpresa.

—¡Por supuesto que no!

—Entonces no hablemos de apariencia. La suya es real y perfecta —sentenció Kieran.

Brianna tragó con fuerza el nudo que se le formó en la garganta al asimilar que la estaba defendiendo con sus propios argumentos. Kieran esbozó una sonrisa de labios apretados, como si se jactara de recordarle una lección que ella misma debería haber memorizado tras tantos escándalos. Antes de que pudiera replicar, August Harper apareció y estrechó la mano de Kieran con una efusividad que atrajo, como un imán, las miradas de los curiosos.

El ascenso hacia el palco fue una tortuosa procesión de susurros. El teatro entero parecía haberse percatado del irlandés que acompañaba a los Harper. Al llegar al elegante cubículo, Brianna descubrió con horror que los Bronwick eran sus vecinos de palco.

Se sentó en el tercer lugar, con sus padres a un lado y Kieran justo detrás de ella, en la penumbra de la segunda fila. A pesar de la distancia social, sintió que el calor que emanaba del cuerpo de él atravesaba la fina seda de su vestido.

El telón se alzó y un actor vestido con pieles toscas e imitando un acento gaélico inentendible irrumpió en escena, provocando las risas del público.

—Vaya... ¿es así como nos ven? —susurró la voz de Kieran, rozando el lóbulo de su oreja.

Brianna se tensó, sintiendo cómo el vello de su nuca se erizaba.

Se ladeó ligeramente para mirarlo.

—Sin duda. Esto es por lo que mi padre ha pagado —respondió, ganándose un chistido de reproche de su madre.

Brianna dejó de prestar atención a la obra. El colmo llegó cuando la «heredera» del escenario soltó un discurso sobre la libertad que recordaba demasiado a la Revolución Francesa, recibiendo un aplauso condescendiente que le supo a hipocresía pura.

—Supongo que es como verte en un espejo —murmuró Elena con un suspiro.

—¿Por qué no nos vamos? El autor parece haberse confabulado contra nosotros —soltó Brianna, apretando el chal contra sus hombros.

—De ningún modo, cariño. Esto no es una burla, es una lección —replicó su madre.

—¿Insinúas que el fin justifica los medios? —preguntó desconcertada.

—Siempre y cuando deje algo memorable.

Brianna sopesó las palabras de su madre y, tras inspirar hondo, se puso en pie.

—¿A dónde vas?

—Al tocador. Ya tengo suficiente con verme actuar de forma «memorable» —sentenció antes de marcharse.

Apenas miró a Kieran al salir, buscando un lugar donde poder respirar. Caminó por el pasillo desierto, admirando el fresco del teatro romano en la cúpula, cuando la voz de él la sobresaltó a sus espaldas.

—He escuchado que arriba la vista es maravillosa.

—¿Qué hace aquí? —preguntó tras recomponerse.

—Lo mismo que usted, milady —respondió él, invitándola con un gesto a seguirlo.

Kieran la guio hacia el ático del Sheldonian. El ascenso, con él siguiéndole los talones, llenó a Brianna de una extraña excitación; una mezcla de miedo y una vibrante emoción por lanzarse a una aventura temeraria. Al llegar arriba, el viento los recibió junto a una panorámica lúgubre de Oxford.

—Creo que la ciudad se aprecia mejor de día —dijo ella, soltando una risa nerviosa.

—Pero si alza la mirada, verá algo mejor.

Kieran tenía razón. Al levantar el rostro, Brianna se encontró con la luna y sonrió. Sin embargo, al notar que él se acercaba, retrocedió instintivamente.

—No lo haga —dijo, extendiendo el brazo para marcar la distancia.

—¿Que no haga qué?

—No me haga creer que va a besarme —respondió ella, sintiéndose tonta por mencionar lo que no la dejaba dormir.

Él no retrocedió. Acortó la distancia, haciendo que la respiración de Brianna se acelerara. Ella se estremeció cuando Kieran le tomó el mentón, obligándola a sostenerle la mirada.

—¿Por qué no? Si es precisamente lo que quiero hacer —declaró él antes de inclinar la cabeza.

Brianna no pudo evitar que él capturara sus labios. Tembló como una hoja seca ante el primer roce.

—No... —gimió ella contra su boca, pero él presionó con una fuerza que le hizo flaquear las piernas.

El beso fue inesperado y sublime. Su corazón palpitó con una violencia porque, en el fondo de su alma, lo había ansiado desde el primer instante.

Capítulo 24

Una cita pactada

Brianna volvió a pasar la noche en vela, aunque esta vez tenía una razón de peso para obligarse a recordar. Revivió una y otra vez aquel momento sublime en el que Kieran la había besado; de no haber sido por el llamado de su madre, que la obligó a huir del ático, estaba segura de que habría terminado haciendo algo mucho más temerario.

Lo extraño era que no sentía arrepentimiento ni vergüenza por la forma en que su cuerpo seguía reclamando el calor del irlandés. Se llevó las manos a la boca para ahogar el grito que moría por salir de sus labios.

—¿Te pasa algo, hija? —le preguntó Elena al ver su agitación.

—No —respondió Brianna con rapidez, adelantándose para entrar en una librería cercana.

—¿A dónde vas? No tenemos tiempo para perderlo entre estanterías.

—Necesito un diccionario —soltó ella mientras se alejaba, dejando a su madre y a la señora Davies sumidas en el asombro.

Preguntó por un glosario irlandés, pero al no encontrar rastro de

uno, regresó a la calle con el semblante ensombrecido por el aburrimiento.

—Ya veo que no lo has encontrado —comentó su madre.

—No. Ya podemos irnos —repuso tras exhalar un hondo suspiro.

Caminaron hacia la sastrería donde August Harper elegía una nueva casaca roja. Allí encontraron a Kieran, de pie como un roble, observando con estoicismo cómo los sastres pinchaban a su padre con agujas para ajustar las medidas.

—Tu padre ya debe haber terminado —mencionó Elena.

—¿También elegirán una para lord Callaghan?

—Parece que cada vez le tienes más confianza —observó la baronesa, alzando una ceja.

—Solo lo trato por lo que es.

—¿Y qué es eso exactamente? —la inquirió su madre con un tono que irritó a Brianna.

Parecía que Elena disfrutaba recordándole que ella misma lo había traído como una mercancía. Brianna se encogió de hombros con fingida indiferencia.

—Mi prometido.

Su madre negó con la cabeza, esbozando una sonrisa tensa.

—Se la ofrecimos, pero se negó a aceptarla.

Brianna sonrió para sus adentros; no le sorprendía aquel gesto de independencia.

—Estaba segura de que lo haría.

—Como buen y orgulloso irlandés —adujo Elena—. Por eso no lo culpamos de que huyera durante la obra.

—A mí tampoco me gustó.

—¿Por eso estaban juntos? —la interrogó su madre con suspicacia.

—Ya te dije que nos encontramos por casualidad —mintió

Brianna, apresurándose a entrar en el local.

Kieran posó su mirada en ella, provocándole un súbito calor que le encendió las mejillas. Evitó sostenerle la mirada y fijó sus ojos en las pesadas y gastadas botas del hombre, que contrastaban con la opulencia del lugar.

—¿Ya has acabado, querido? —indagó la baronesa.

—Aún falta un poco —respondió August—. ¿Podrías ayudarme con la elección de los botones, Elena?

—Si no hay más remedio...

—Estaré afuera —anunció Brianna, buscando aire.

—La acompaño —se ofreció Kieran de inmediato.

—Ve con ellos también, Anne —ordenó la madre, enviando a la señora Davies como escolta.

Caminaron hacia la plaza principal bajo la vigilancia de la señora Davies. Kieran le lanzaba miradas furtivas que a Brianna le producían una gracia exultante. Cuando la mujer pidió un momento para reposar en un banco, ellos lograron quedar a solas, guardando una distancia prudencial pero eléctrica.

—Padre me dijo que participará en la cacería —rompió ella el hielo.

—Me ha incluido en el grupo, así que no puedo negarme.

—¿Y es usted un buen cazador?

—No me jacto de ello —repuso él con modestia.

Brianna se mordió el labio de forma instintiva y tragó con fuerza al notar que él la observaba con un deleite secreto.

—¿Cuándo volverán a Burford?

—Más tarde. ¿Y usted?

—Esta noche —contestó ella. Movió los labios como si tratara de añadir algo más, pero la cautela se lo impidió.

—¿Le gustaría que nos viéramos? —lanzó él la pregunta,

tomándola por sorpresa.

—¿Lo pregunta en broma?

—¿Acaso tengo cara de estar bromeando con usted?

—No. Y la respuesta es sí. Tal vez vaya a dar un paseo nocturno por la pradera —le sugirió ella, adelantándose para reunirse con la señora Davies antes de que la mujer sospechara del tono de la conversación.

—A las diez, la estaré esperando en la casa abandonada —murmuró él al pasar por su lado, en un tono que solo ella pudo percibir.

Kieran tomó la delantera con paso firme. Brianna abrió y cerró la boca, sintiendo que perdía el aliento. Conocía perfectamente aquel lugar y, por primera vez, deseaba con fervor que las diez de la noche llegaran para lanzarse al fuego.

Capítulo 25

Un encuentro en la penumbra

Como estaba previsto, regresaron aquella tarde a la mansión Harper. El cansancio del viaje hizo que todos se retiraran pronto a sus habitaciones, a excepción de Brianna, a quien la anticipación por el próximo encuentro mantenía cautiva de una emoción febril.

Se burló de sí misma; jamás habría imaginado que se comportaría de aquel modo, pero cuando el reloj marcó las ocho, la inquietud por la escapada que estaba a punto de protagonizar se volvió insoportable.

—¿En serio piensa salir? —le preguntó su doncella en un susurro.

—Sí —murmuró Brianna, llevándose un dedo a los labios.

Alice le dedicó una sonrisa cómplice.

—Creí que jamás la vería haciendo algo así.

—¿Te parece mal?

—Da igual lo que yo piense. Usted tiene derecho a vivir como desee.

—En la práctica, eso no es cierto. Ni siquiera para ti, Alice —suspiró Brianna, reconociendo las cadenas invisibles de su rango.

—Tiene razón. Por eso espero que no se equivoque.

—¿Crees que Kieran es un mal hombre?

—Lord Callaghan es un hombre después de todo, pero creo que su aprecio por usted es real.

—Gracias —murmuró Brianna. Miró el reloj y su agitación creció —. No olvides lo que te dije. Mantén la puerta abierta.

Brianna agarró su capa y, tras apagar las luces de la estancia, salió descalza para no hacer ningún ruido. Conocía la mansión de memoria, por lo que no le fue difícil sortear los pasillos en silencio. Una vez fuera, se calzó las botas y, bajo una luna que apenas iluminaba la pradera, corrió hacia el viejo establo abandonado. Aquel lugar, antaño lleno de vida cuando la cría de caballos era numerosa, estaba ahora oculto bajo la maleza.

Llegó allí con el corazón desbocado, y casi sintió que se le escapaba del pecho al toparse de frente con el semental de Kieran como un enorme fantasma.

—¿Se le ha perdido algo, señorita? —preguntó la voz de él a sus espaldas.

Brianna dio un sobresalto, pero antes de que pudiera voltearse, Kieran la sostuvo por las caderas y la atrajo contra su pecho.

—Tú —susurró ella contra sus labios.

Él soltó una risa baja antes de devorar su boca con una urgencia que la obligó a retroceder hacia el interior. En la oscuridad del establo, donde el roce de sus cuerpos se volvió tentador y confuso, Brianna se despojó de la capa, quedándose únicamente en su gruesa bata de dormir.

—Abre la boca, milady —le pidió él mientras la conducía más profundo en la penumbra.

Ella obedeció, y la invasión de Kieran le demostró que lo ocurrido en el teatro no había sido más que un leve anticipo. Aquel beso sabía a un manjar desconocido, dulce y seductor para ella.

—Fumas, ¿verdad? —le preguntó ella, aspirando el rastro de tabaco en su aliento.

—Solo cuando estoy ansioso por algo.

—¿Lo has estado últimamente?

—Por supuesto —respondió él. Metió las manos bajo la bata de ella y, aferrándola por los muslos, la impulsó hacia arriba para que se abrazara a sus caderas.

Brianna se quedó con la siguiente pregunta en la punta de la lengua. Sintió la dureza de él presionando contra su centro y el calor la hizo transpirar.

—Espera —dijo Kieran, sosteniéndola con firmeza mientras la apretaba contra la pared de madera—. No sabe cuánto la deseo, pero es mejor no cruzar esa línea todavía.

—¿Cuál?

—Sabrá cuál es cuando esté lista, y cuando decida si de verdad quiere cruzarla conmigo.

—Kieran...

Él acalló sus palabras con besos frenéticos que le nublaban el juicio. Brianna se aferró a su cuello y a su torso, aprendiendo una técnica de seducción que se sentía importada de tierras donde la pasión no obedecía a los protocolos.

Sin embargo, cada vez que se estrechaba contra él, más crecían sus ganas de transgredir cualquier norma. Ya no quedaba rastro de remordimiento; solo el hambre de un encuentro que el destino estaba a punto de poner a prueba.

Capítulo 26

El dulce sabor de la traición

—No —murmuró Kieran con voz grave y enronquecida, atrapando la mano de Brianna cuando ella intentó deslizarla bajo su pantalón. Se habían acostumbrado a la noche como su única y silenciosa testigo en aquellos encuentros furtivos—. No lo hagas.

—No haré nada, lo prometo —susurró ella, desafiante.

—No te creo. —Rio él de forma gutural, apresando sus manos para besarlas mientras ella se acomodaba a horcajadas sobre él, envuelta en la oscuridad del establo.

Brianna se movió con una osadía peligrosa, obligándolo a sujetarla por los muslos para frenar el travieso impulso.

—Lo digo en serio —insistió ella, inclinándose para buscar sus labios—. Solo quiero tocarte. Quiero comprobar que el tamaño es normal.

—Cielos, Brianna. Si sigues diciendo esas cosas, harás que pierda la cabeza y me convierta en un verdadero animal.

—¿Y qué más da? Vamos a casarnos, ¿no? —replicó ella, empujándolo suavemente hacia atrás.

Kieran se dejó caer sobre la capa que habían extendido sobre el

pasto. Brianna, sin demora, deslizó las manos bajo la tela de su camisa, recorriendo la piel que ya le era familiar. Se movió buscando una satisfacción que rozaba el límite trazado por el irlandés, mientras él acariciaba sus costados y buscaba su pecho, apretándolo con una urgencia que hacía vibrar el cuerpo entero de Brianna. Era un placer incompleto pero frenético, que la hacía encoger los dedos de los pies sobre la tierra fría.

—Dile a padre que te casarás conmigo —murmuró ella entre jadeos—. Ya es hora de poner una fecha.

Kieran se incorporó, obligándola a quedar frente a él mientras le bajaba ligeramente la bata, descubriendo su pecho. Se estremeció al sentir su aliento y los besos que él comenzó a sembrar en su piel.

—No te detengas —lo animó ella, embriagada por la exploración en la penumbra.

—No habrá fecha —soltó él de repente.

Brianna dejó de moverse. El entrecejo se le frunció en un gesto de absoluta confusión.

—¿Por qué no? Se supone que eres mi prometido. Debemos casarnos.

—Solo es un título, Brianna.

—Kieran... —Ella buscó su rostro en la oscuridad mientras él la rodeaba por las caderas con sus brazos grandes, como un cerrojo inexpugnable—. ¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad. Tu padre no es un mal hombre, pero ni siquiera él sería capaz de dejar a su hija en manos de un irlandés que debe luchar a muerte por mantener su tierra. No estás destinada para mí.

—¿Y cuánto tiempo más ibas a seguir con este juego? —preguntó ella, sintiendo cómo el horror marcaba cada línea de su rostro.

—Hasta después de la cacería.

La rabia estalló en el pecho de Brianna, desplazando al deseo. Se puso en pie de un salto, ajustándose la bata con manos temblorosas.

—Espero que sea mentira, Kieran. Padre sabe que no voy a casarme con nadie que él elija.

Él soltó una risa amarga ante aquellas palabras, y Brianna comprendió tarde el sentido de su burla: a él también lo había *elegido* su padre. El dolor punzante de la humillación la hizo salir corriendo del establo, internándose en la pradera sin mirar atrás.

Cuando alcanzó su habitación, agotada y con el corazón hecho jirones, no fue Alice quien la recibió. En medio de la penumbra la esperaba la figura rígida de su madre. Elena, al ver el estado desaliñado y el rastro de suciedad en el vestido de su hija, no medió palabra. Se acercó y le asestó una bofetada tan fuerte que el sonido resonó en el silencio de la alcoba, llevando impresa toda la decepción y la furia que centelleaba en su mirada.

Capítulo 27

Un castigo anunciado

Brianna no volvió a ver a Kieran desde aquella noche, y el silencio sobre él se volvió absoluto, como si lo hubieran borrado de forma sistemática de cada rincón de la casa. Su madre, tras la bofetada, no tardó en descubrir el alcance de sus escapadas. Brianna lo confesó todo antes de que obligaran a Alice a hablar, pero la lealtad de la doncella no bastó para salvarla: Alice fue enviada a trabajar a la casa de campo, lejos de Burford, como castigo por su complicidad.

Pasaron dos semanas de aislamiento absoluto. Nadie le dirigía la palabra, salvo el personal de servicio para lo estrictamente necesario. Un día, consumida por la frustración, Brianna tomó el libro que Kieran le había regalado y lo arrojó al suelo con los ojos anegados en lágrimas. Seguía sin comprender las palabras gaélicas allí escritas, una metáfora perfecta de su propia realidad: había amado lo que no podía descifrar. A la fuerza, entendió por qué él nunca le permitió cruzar aquella línea final, un deseo contenido que todavía le hacía apretar las piernas con un dolor punzante.

Estaba a punto de recoger el libro para lanzarlo a la chimenea cuando una inscripción en la última página captó su atención: «Si

lees esto es porque lograste descifrarlo hasta el final. Pero si lo has encontrado por curiosidad, siempre puedes vencer tu terquedad y preguntarme».

Una sonrisa amarga y tonta asomó a sus labios. Nunca lo había visto porque jamás tuvo la paciencia de llegar al final. Sollozó con fuerza; llorar era un arte que había perfeccionado desde su gran decepción. Había encontrado el amor, pero no podía permitirse el lujo de poseerlo. Al escuchar la voz de su madre en el pasillo mencionando la cacería, Brianna se pegó a la puerta. Recordó que Kieran se marcharía tras el evento. Supuso que él solo buscaba el dinero de su padre para sus tierras en el norte.

Meditó en que él nunca mintió sobre sus intenciones, fue ella quien las confundió con un cuento de hadas. Determinada a cerrar aquel capítulo, salió de su habitación y se topó con la señora Davies.

—¿Brianna? —la llamó Anne con cautela.

—¿Ya te dio permiso mi madre para hablarme? —replicó ella con indiferencia.

—Tu castigo solo duraría hasta que reflexionaras sobre tus actos.

—Ya lo he hecho.

—¿Y qué decisión has tomado? Tus padres esperan que elijas un camino.

—¿Qué camino? ¿Aceptar a otro pretendiente adecuado? —escupió Brianna—. Da igual, no me dejarán casarme con Kieran.

—Eso es cierto —repuso Anne con una seriedad que helaba la sangre—. Pero es lord Callaghan quien está comprometido, Brianna. No tú. Por esa razón no le fue difícil representar su papel con tanta convicción.

El mundo pareció detenerse. Un nudo asfixiante se instaló en la garganta de Brianna mientras algo terminaba de resquebrajarse en su interior.

—¿Él... ya tiene un compromiso?

Anne asintió. El «bárbaro» ya tenía dueña en su tierra lejana.

—¿Qué harás ahora que lo tienes claro? —preguntó la mujer.

—Ir a la cacería —sentenció Brianna con los ojos encendidos.

—A tu madre le molestará, pero si tienes que ir, ve. Aclara tus ideas y toma una decisión de la que no te arrepientas.

Brianna no esperó más. Regresó a su alcoba, se enfundó en su grueso vestido de montar y se calzó las botas de cuero. Corrió al establo, montó a su yegua y salió al galope hacia el lugar de la cacería. Mientras se alejaba, sintió en la espalda la mirada gélida de su madre, que la observaba desde la ventana de la mansión como quien ve a una presa dirigirse voluntariamente a una trampa.

Capítulo 28

A la caza de un irlandés

Brianna marchó hacia el bosque, pero no iba tras los zorros rojos que obsesionaban a su padre y a los hombres de Burford. Iba tras un irlandés, decidida a no dejar que se le escapara sin antes luchar por su propia felicidad, una que no estuviera dictada por las normas afiladas del mercado matrimonial.

Había peleado contra las convenciones hasta degradarse y, fiel a su determinación, lo haría hasta el final, aunque solo fuera para enfrentarse a su cruda realidad. Su yegua se espantó ante el grito metálico de la corneta que rasgaba el aire brumoso, desatando el caos de la jauría.

Brianna sostuvo las riendas con firmeza, espoleando al animal tras haberlo calmado. Sabía que su yegua, a la que amaba tanto como Kieran a su semental, el cual había traído consigo de tan lejos, la llevaría hasta donde ella le indicara. Retomó el galope, sintiendo como el barro helado, levantado por los poderosos cascos, saltaba contra sus botas hasta que divisó la marejada de casacas rojas.

Todos se quedaron mirándola, asombrados de verla aparecer como una amazona en mitad de la cacería. Sin pedir permiso ni

respetar el protocolo, se abrió paso entre los caballeros.

—¡Brianna! ¿Qué demonios haces aquí? —la inquirió August con furia.

—Lo siento, padre —dijo ella, ignorando sus protestas—. ¿Dónde está Kieran Callaghan?

—¡Qué demonios! ¿Es que no puede controlar a su hija, barón Harper? —lo cuestionó Lucius Bronwick, emergiendo entre la multitud con su elegante indumentaria de observador.

—Solo dígame dónde está —insistió ella.

—Aún no llega. Debe venir por el vado, ya que le he prohibido pisar mis tierras —respondió su padre, haciendo que Brianna alzara las cejas. Aquella respuesta la hizo sonreír.

—Gracias, padre, por la información —replicó ella, haciendo girar a su yegua hacia la espesura.

—Brianna, ¿estás loca? —le gritó August.

—Sabes que siempre lo he estado —sentenció antes de arrear al animal hacia la Boca del Lobo, aquel atajo traicionero donde la niebla se volvía una muralla de vapor.

Solo tenía un objetivo: Kieran. Necesitaba mirarlo a los ojos antes de que su imagen de hombre indómito desapareciera para siempre. Sin embargo, no tuvo que llegar al vado. Al internarse entre los frondosos árboles, Kieran apareció, deteniendo su semental negro frente a la yegua torda de Brianna. El contraste de colores era fascinante; su padre le había regalado aquella yegua porque desentonaba con las demás, pero a los ojos de Brianna resultaba única.

El silencio del bosque húmedo los envolvió. El tiempo pareció detenerse mientras se clavaban la mirada. Había rabia, decepción y dolor, pero también un anhelo que los embargaba a ambos, apenas roto por el jadeo de los caballos y el crujido de las ramas secas bajo

los cascos. Kieran guio a su montura hasta un claro donde un viejo roble centenario ofrecía un precario refugio. Ella desmontó con determinación, con el rostro encendido por la carrera.

—¿Qué haces aquí, Brianna? —preguntó él con una frialdad que contrastaba con el fuego de sus ojos.

—Vine por una respuesta, Kieran. No me iré de aquí hasta que me digas la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó él, desmontando a su vez.

—¿Sigues intentando jugar conmigo? Dime... ¿es cierto que estás comprometido? —La agonía en su voz era palpable.

Kieran guardó silencio, apretando las riendas con tal fuerza que sus nudillos se tornaron blancos. Pero antes de que pudiera articular palabra, el sonido de una rama quebrándose a sus espaldas los puso en alerta. Un instante después, el estallido de la pólvora rasgó el silencio del bosque, espantando a los pájaros en un vuelo frenético.

Brianna quedó desorientada por el estruendo, pero antes de que pudiera reaccionar, Kieran se lanzó sobre ella. La empujó contra el suelo mientras el silbido de la bala pasaba peligrosamente cerca de su oído, impactando en el tronco del roble con un estallido de astillas y humo negro.

Kieran la apretó contra su pecho, y Brianna pudo sentir cómo el corazón de él latía con la violencia de un caballo desbocado en mitad de la niebla.

Capítulo 29

Una verdad entre astillas

El tiempo pareció detenerse en el claro del bosque hasta que Brianna, aun temblando, alzó la mirada. Se encontró con los ojos de Kieran, que la observaban con un horror y un miedo profundo que, a pesar del peligro, le provocaron una extraña fascinación.

—¿Estás bien? —preguntó él con voz ronca.

—Lo estoy —logró articular ella, sintiendo que aquel abrazo protector empezaba a dolerle en los huesos—. Ya puedes soltarme. La bala no me ha dado... ¿y a ti?

—Tampoco.

—Quien haya disparado... es una suerte que sea un mal tirador —murmuró ella, tratando de recuperar el aliento.

—No lo creo. Tal vez erró debido a la niebla.

—¿Insinúas que alguien nos ha disparado a propósito?

—No lo insinúo, Brianna, lo afirmo —arguyó él, escudriñando los alrededores con ojos de cazador.

Kieran la soltó y se puso en pie, dejándola un poco azorada.

—Quédate aquí —ordenó bajando la voz—. Quien haya disparado volverá a intentarlo.

Brianna abrió los ojos de par en par al inspeccionar la espesura. En efecto, el disparo no había sido un error fortuito de la cacería. Siguió la dirección que Kieran señalaba con la mirada y divisó un destello rojo que se movía inquieto entre los matorrales. Con una agilidad asombrosa para su gran tamaño, vio al irlandés abalanzarse sobre el hombre de la casaca roja justo cuando el intruso recargaba su escopeta para un segundo intento.

Kieran no pudo evitar que el arma se disparara de nuevo; el proyectil rebotó entre los troncos, arrancándole un chillido a Brianna, que seguía hundida en el lodo helado con las manos en los oídos. Cuando el silencio regresó, cargado de azufre, el impacto de los cuerpos contra la hojarasca selló el final de la lucha. Brianna vio cómo Kieran inmovilizaba al «caballero» inglés contra el fango, apretándole la garganta mientras le arrebataba el arma.

Al reconocer al agresor, Brianna palideció.

—¿Es esta la hospitalidad que se le brinda a un ciudadano de su propia patria, Dale? —gruñó Kieran. Su voz ya no era un susurro, sino un trueno—. ¿Matar por la espalda lo que no pueden comprar con su oro?

Albert Dale, con el rostro amoratado y el sombrero perdido, buscó desesperado la mirada de Brianna.

—¡Este hombre es un salvaje! ¡Un intruso! No merece consideración. —Consiguió jadear.

La joven se puso en pie con una lentitud que helaba la sangre. Se sacudió el barro del vestido de montar con desprecio y se acercó a ellos. Sin mediar palabra, abofeteó a Dale, silenciándolo al instante.

—¿Le parezco una pieza de caza, Albert? —sentenció con una calma aterradora.

—¡No intentaba matarte a ti!

—¿Entonces a él sí? —preguntó ella, justo cuando el estruendo de la jauría y el tropel de caballos inundaron el claro, rodeándolos a todos.

—¿Qué ha sucedido aquí? —inquirió August Harper, siendo el primero en desmontar.

—Supongo que querían matarme —respondió Kieran con frialdad.

August miró con recelo a Dale.

—¡Albert! Explícanos qué está sucediendo. Hemos escuchado los disparos.

—No he sido yo —se defendió Dale con una risa nerviosa—. Mi rifle sigue atado a mi caballo.

—Kieran tiene razón, padre. Albert nos ha disparado —declaró Brianna, provocando una conmoción entre los presentes.

—¿Y por qué haría yo algo así? —insistió Dale, pero ella lo miró con absoluto horror.

—Debe ser porque no acepté su soborno de cincuenta mil libras para que dejara de cortejar a Brianna y regresara a mi pueblo —lo acusó Kieran.

August miró a Albert, estupefacto.

—¿Cincuenta mil?

—Eso no es cierto, no sé de qué habla —balbuceó Dale, mirando hacia el alcalde Bronwick.

—Entonces deberíamos preguntarle al señor Bronwick por qué tanto empeño en alejarme de lady Harper —continuó Kieran, desatando el murmullo de la multitud de hombres.

—Yo también quiero saberlo —terció Brianna.

El alcalde apareció en ese momento, fingiendo indignación absoluta.

—¿Qué es todo esto? ¡Señor Dale! Verlo de este modo me hará

repensar el darle la mano de mi hija —sentenció Bronwick, sacrificando a su aliado para salvarse él—. Si has intentado dañar a alguien, pagarás por ello.

Tras la orden del alcalde de iniciar una investigación rigurosa, se llevaron a Dale, y el claro quedó finalmente en silencio, habitado solo por el roble astillado y los tres protagonistas.

—¿Brianna? —la llamó su padre. Luego se dirigió a Kieran—: Pensé que no vendría.

—Le prometí a su hija que me marcharía tras la cacería —respondió él, fijando su mirada en la joven.

—Si es cierto lo de Dale... ¿por qué se arriesgó a venir sabiendo el peligro?

—Porque quería cumplir mi palabra —sentenció Kieran.

—¿Es cierto lo de las cincuenta mil libras? —preguntó August, aún procesando la magnitud del engaño.

—Tan cierto como cada palabra que voy a redactar en el tratado de comercio del Ulster —repuso el irlandés, arrancándole un resoplido de involuntario respeto al barón.

Capítulo 30

Rumbo a la luna de Cork

—Vaya, no creí que Lucius y Dale tuvieran tales alcances —resopló August, asimilando la magnitud del plan que habían trazado contra Kieran.

—¿Le crees, padre? —preguntó Brianna con una esperanza que le iluminaba el rostro.

—Sí —declaró August, y el alivio que sintió Brianna fue casi delirante—. Supongo que nuestro pacto llega hasta aquí. La decisión es suya, señor Callaghan.

—¿Entonces sí había un pacto? —inquirió ella, entrecerrando los ojos.

—Así es, querida hija.

—¿Sobre mis treinta mil libras?

—No. Nunca hablamos de tu dote, sino de colaboración —explicó August con sinceridad—. El padre de Kieran necesitaba un capitalista inglés para obtener mejores términos en sus negociaciones, y yo le ofrecí mi apoyo a cambio de que él me ayudara a... «corregir» a mi hija.

Brianna soltó una risa amarga.

—¿Haciendo un compromiso ficticio con un extranjero? —siguió preguntando.

—Así es —corroboró August.

—¿Y qué beneficio traería ello?

—El que estás viendo —se ufanó su padre—. Pese a tus escándalos, nadie ha podido socavar mi autoridad.

—Así que de eso se trataba.

—Nadie va a menospreciarte por muy mal que te comportes.

—Pero al final terminé haciéndolo —adujo ella culposa.

—Me abocaron a ello —admitió August con una nota de culpa en la voz.

Brianna sonrió con tristeza y luego miró a Kieran.

—Me gustaría hablar a solas con él —pidió.

August se acercó a ella y le puso una mano en el hombro con ternura.

—Solo no te vayas sin despedirte. Tu madre está enojada, pero no olvides que te adora más que a su propia vida.

Tras un asentimiento mudo de Brianna, August montó su caballo y se alejó, dejándolos solos bajo la sombra del roble astillado. Brianna se acercó a Kieran, sintiendo el calor que emanaba de su cuerpo tras la lucha.

—Así que no mentiste sobre el dinero. Pero ¿qué hay de lo otro? —lo desafió—. ¿Estás comprometido? ¿Es esta la última vez que te veré antes de que regreses a cumplir con tu deber?

Kieran la miró con una intensidad que le hizo flaquear las piernas.

—Como cada hombre de mi clan, tengo un compromiso, Brianna —admitió él, dando un paso hacia ella—. Pero no es con una mujer.

—¿Entonces con quién?

—Con un pueblo que se muere de hambre mientras distinguidos

señores discuten el precio del grano en palcos de terciopelo. —Kieran extendió una mano hacia ella, con la palma manchada de pólvora y barro—. La cacería ha terminado, Brianna. El juego se acabó. Mañana sale mi barco desde el puerto. ¿Cuál es tu respuesta? ¿Te quedarás a ser la joya codiciada cuyo brillo tu padre jamás dejará apagar o vendrás a ver cómo se ve la luna desde las tierras donde ningún diccionario te explicará lo que siento por ti?

—¿Es una invitación?

—Lo es —contestó él con vehemencia.

—Sin embargo... llegué al final del libro —dijo ella con una chispa de picardía.

—¿Llegaste a la nota por accidente? —Rio él, suavizando sus duras facciones. Brianna asintió—. Entonces aún nos queda la opción dos. Y estoy a tu entera disposición para cumplirla, Brianna Harper.

—¿Dices que partirás mañana?

—Así es —respondió él.

—¿Puedes esperar un poco más mi respuesta? —preguntó haciéndole ensanchar la mirada, luego rio suavizando sus duras facciones.

—Por supuesto que puedo.

Brianna se inclinó y lo selló con un beso en los labios. Después, montó en su yegua y galopó hacia la mansión sin mirar atrás.

***

Al día siguiente, Burford amaneció con un aire de cambio. Fiel a la promesa hecha a su padre, Brianna hizo las paces con Elena, quien no había dejado de llorar desde el alba.

—¿En serio te llevarás solo eso? —preguntó su madre, señalando

el escaso equipaje.

—No creo que necesite demasiadas cosas a donde voy, madre. Escribiré, no te preocupes.

August se acercó y le entregó una caja de madera pesada. Brianna la abrió por insistencia de él y sus ojos se iluminaron.

—Hay treinta mil libras —declaró August sobre su regalo.

—¿En serio me las das? —preguntó sorprendida.

—¿No dijiste que sabrías cómo administrarlas?

—Por supuesto que sí. —Se jactó ella con su vieja chispa de arrogancia, ahora convertida en seguridad.

Tras abrazar a sus padres y a la señora Davies, Brianna montó en su yegua torda que la acompañaría en su nueva vida, y guio la carreta rumbo al puerto. Cuando Kieran la vio llegar entre el bullicio de los muelles, corrió a su encuentro con el corazón en la mano.

—¿Pensabas que no vendría? —le preguntó ella con una sonrisa triunfal mientras él la ayudaba a subir el equipaje al barco.

El navío soltó amarras, dejando todo atrás, poniendo proa hacia un nuevo hogar en las verdes y salvajes tierras de Cork.

Epílogo

Irlanda, Cork. Un año después

—¿A dónde vas? —preguntó Kieran, estirando su brazo para atraparla de la mano y atraerla de nuevo hacia el calor de la cama.

Brianna se regodeó un instante, vistiendo únicamente la camisa de él, que le quedaba grande y evocaba el aroma a turba y hogar. Con un movimiento ágil, Kieran la atrapó y la situó bajo su cuerpo. Ella entreabrió los labios, sintiendo cómo, una vez más, él la colmaba con su presencia indómita.

Se habían casado bajo el rito irlandés tres meses después de su llegada a Cork. El consenso con la familia de él no había sido sencillo, pero la madre de Kieran terminó rindiéndose ante la inglesa que le había robado el juicio a su hijo, un hombre que siempre se había mostrado arisco a las cadenas del matrimonio hasta que encontró a su igual en el bosque de Burford.

—Cielos... tenías razón con lo del peligro de cruzar la línea. —Jadeó Brianna, presa de una pasión que la embargaba por completo.

Kieran sonrió, moviéndose con una fuerza que le arrancó un suspiro profundo, mientras ella le clavaba las uñas en los fuertes glúteos, incitándolo a perder el control.

—Te advertí que era una frontera muy peligrosa —se regodeó él.

Con un movimiento fluido, la hizo girar, provocándole una sonrisa escandalosa que pronto se transformó en un gemido de puro placer cuando él la arrastró consigo al clímax. Kieran volvió a acomodarse, esta vez dejándola a ella encima, rodeándola con sus grandes brazos en los que la pequeñez de Brianna parecía encontrar su refugio perfecto.

Aún unida a él, Brianna alargó la mano hacia la mesilla y tomó el libro que antaño le resultara indescifrable.

—¿Qué quieres saber hoy? —le preguntó Kieran, acariciándole el cabello con una ternura que solo ella conocía.

—Háblame de los *Tuatha Dé Danann* —respondió ella con los ojos iluminados por la ilusión.

—Entonces, muévete —le ordenó él con un rastro de travesura, dándole una nalgada que le hizo arrugar el gesto con diversión.

Brianna se incorporó y, siguiendo su gesto, se sentó frente a él, acomodándose en su regazo. Kieran, con su voz grave y seductora, comenzó a leer sobre la quinta invasión de Irlanda, la dedicada al pueblo de la diosa Danu.

Le habló de aquella raza de seres divinos y mágicos que derrotaron a los *Fir Bolg*, y Brianna escuchó atenta, feliz de saber que su propia historia, al igual que la de los antiguos dioses, acababa de empezar en aquellas tierras de leyenda.

Fin

En una sociedad donde el honor es una moneda de cambio, el escándalo puede convertirse en libertad.



Brianna Harper es un caos andante, porque no sale de un escándalo para meterse en otro, y ningún caballero que valore su buena reputación desea acercarse a ella.

Lo que nadie sabe es que tras esa rebeldía se esconde un meticuloso plan: ahuyentar a los pretendientes cuyo interés no es su corazón sino la vasta fortuna de su padre.

Lord Harper, agotado de no saber qué hacer con su problemática hija, decide jugar una última carta que Brianna jamás vio venir.

Contratarle un prometido que la convierta en la envidia de quienes la denigran y la hacen de menos en las fiestas.

Kieran Callaghan será el elegido, un irlandés que no solo posee un atractivo capaz de desarmar las defensas de cualquier dama, sino una testarudez que rivaliza a muerte con la de Brianna.

¿Podrán el caos y la obstinación converger en un punto común? O esta osada alianza forjada entre roces y secretos terminará por consumirlos a ambos.

Juliana Cartland es colombiana y nació un 11 de febrero en un bello pueblo de las sabanas de Córdoba. Es una observadora compulsiva de la vida, y de todo aquello que le pueda proporcionar las ideas que necesita para crear sus historias.

Bajo el seudónimo de Girl-chick escribe romance contemporáneo, un género con el que ha enganchado a la novela romántica a muchas personas que, desde hace más de ocho años, se han encariñado con sus historias.

Con el seudónimo de Juliana Cartland y su obra *Lecciones de amor para un duque egoísta* inicia su periplo en el romance de época.



Edición en formato digital: junio de 2026

© 2026, Juliana Cartland
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: YashRK, SeventyFour

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-75-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] ¡El que busca a Irlanda la encuentra!

Índice

Cómo atrapar el corazón de la esquiva señorita Harper
Capítulo 1. Un escándalo necesario
Capítulo 2. Una sentencia anunciada
Capítulo 3. Una aparente rivalidad
Capítulo 4. Una latente sorpresa
Capítulo 5. Una sentencia cumplida
Capítulo 6. Un prometido importado
Capítulo 7. Una tensión con aroma a rosas
Capítulo 8. Un olor a tinta y mucho sarcasmo
Capítulo 9. Una treta inesperada
Capítulo 10. Una presencia que quita el aire
Capítulo 11. Espinas de hierro y flores de campo
Capítulo 12. Levantando el polvo
Capítulo 13. Un respiro en la pradera
Capítulo 14. Una libertad vertiginosa
Capítulo 15. El salón de los favores
Capítulo 16. Dalias y crisantemos
Capítulo 17. Un contrincante en la mesa
Capítulo 18. La guerra de los granos

Capítulo 19. La seducción del norte
Capítulo 20. Un carácter insobornable
Capítulo 21. Un nuevo presagio
Capítulo 22. El bárbaro y la heredera
Capítulo 23. Un encuentro bajo la luna
Capítulo 24. Una cita pactada
Capítulo 25. Un encuentro en la penumbra
Capítulo 26. El dulce sabor de la traición
Capítulo 27. Un castigo anunciado
Capítulo 28. A la caza de un irlandés
Capítulo 29. Una verdad entre astillas
Capítulo 30. Rumbo a la luna de Cork
Epílogo
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Juliana Cartland
Créditos
Notas